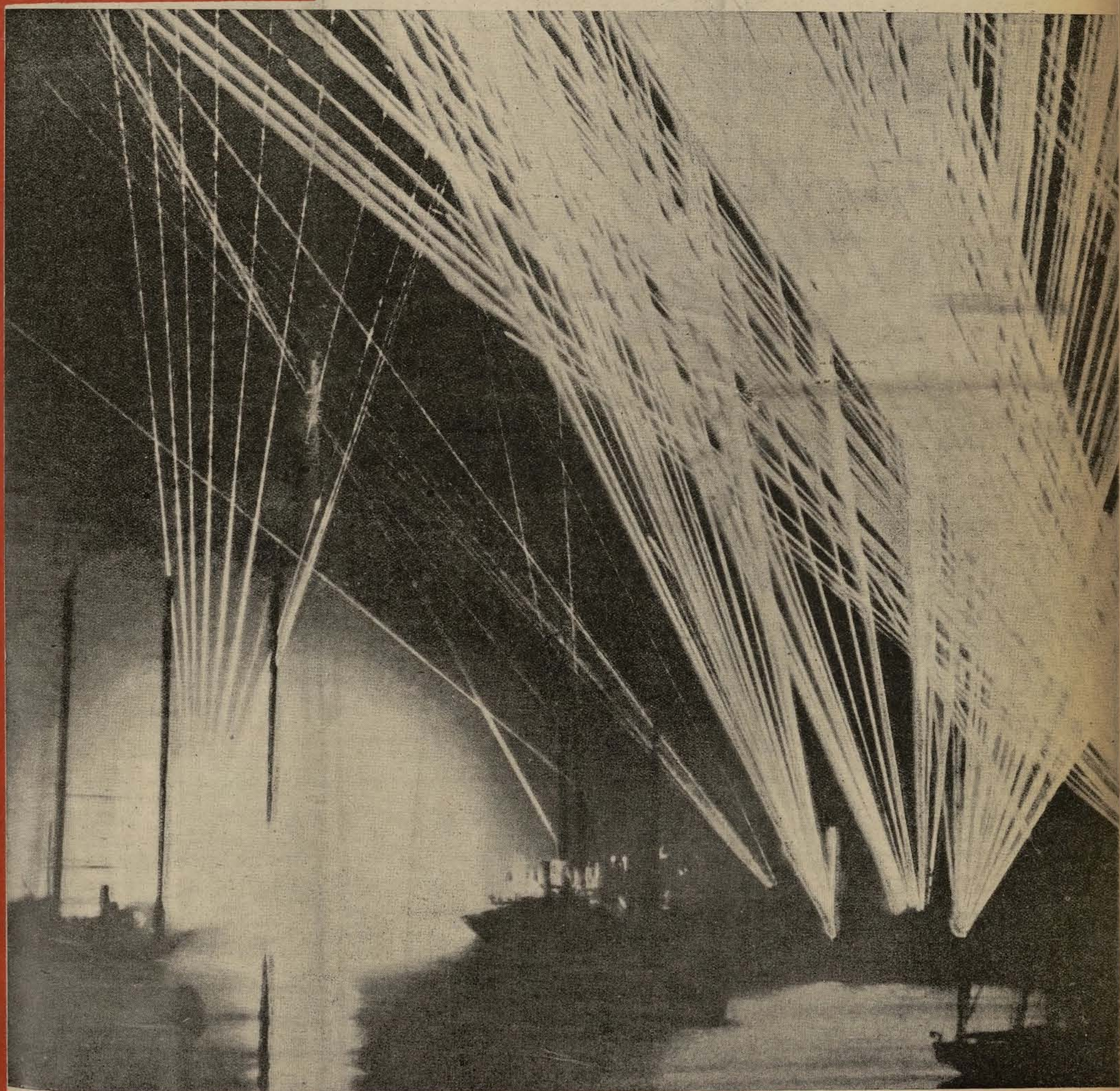


TAJO

LA GRAN BATALLA
AÉREA DE MAÑANA

¿PUEDE SER INVADIDO EL JAPÓN?



Año III - Núm. 94

14

marzo

1942

SUMARIO: ANTE LAS GRANDES OFENSIVAS DE PRIMAVERA EN LOS FRENTES EUROPEO Y AFRICANO - EL ECO DE LAS BATALLAS - ALASKA, AVANZADILLA PARA LA DEFENSA DEL HEMISFERIO OCCIDENTAL - LADRONES EN LOS MUSEOS DE ESPAÑA - ¿ES UNA NOVEDAD LA GUERRA QUÍMICA...? - ESPAÑA EN OCEANIA

Ayuntamiento de Madrid

60 cts

El eco de las batallas

Sea otro el esforzado en el ejercicio de las armas, y con el favor de Marte derrote a los generales contrarios, para que así pueda el soldado referirme sus hazañas mientras yo bebo y en medio del banquete pintarme "con vino" los campamentos.

(Albio Tibulo en su elegía contra la guerra.)

Tan lejano está de nosotros en el tiempo el gran poeta latino como próximo a muchos hombres de nuestra época en la manera de sentir el entusiasmo que suscitan las grandes empresas. Para Albio Tibulo era un mal dejar el bienestar y la abundancia de Roma para ceñir las pesadas armas de las legiones, que ensanchaban o defendían el Imperio en las fronteras de los bárbaros. El maldice las armas y entona un inspirado canto a los beneficios que la paz reporta. Ni más ni menos que cualquier pacifista de nuestros tiempos, que sin pararse a pensar que las dulces horas de calma vienen después de las tempestades, como las dulces sonrisas del niño después de los dolores del parto, aman y exaltan los efectos, maldiciendo en su ceguera las causas que los produjeron.

Pero no es esto lo peor. Este género de hombres, atentos sólo a la satisfacción de sus concupiscencias, ama los placeres y se deja seducir por los espectáculos, y así Albio Tibulo dice sin ambages ni rodeos que no le gustaría hacer la guerra pero sí, traducido al lenguaje de nuestros días, enterarse de las peripecias de la misma por el periódico, la radio, el cinematógrafo o, cómodamente sentado en la mesa del café, oyendo a un combatiente narrar sus hazañas; esto, claro, entre sorbo y sorbo de exquisitos licores, tan abundantes que incluso sobraría para que el soldado pudiera hacer con él unas rayitas sobre el blanco mármol de la mesa representando las trincheras, los tanques, los cañones... quizá los cuerpos de muchos camaradas caídos en el fragor del combate.

Indudablemente, Albio Tibulo, de haber vivido en nuestros días, sería uno de tantos estrategas de café y todas las demás cosas que con un espíritu así puede llegarse a ser: desde un pobre diablo hasta criminal traficante con las vidas de los que hacen la guerra, o la sangre de los que en ella cayeron. Pero no es mi propósito anatematizar a los perdidos para las buenas causas, sino prevenir a los que no lo están todavía para que el eco de las batallas que hoy se libran y el de las que se libraron en el transcurso de la Historia no sea simplemente el "pingere castrametum" de Albio Tibulo, es decir, un motivo más de placer, un espectáculo más con que la dura realidad se complace a veces en endulzarnos las amarguras del cotidiano trabajo.

Bien sé que para infinidad de almas sensibles los rigores a que se ven sometidos los que hoy en día luchan en las heladas estepas de Rusia, sobre las abrasadoras arenas del Desierto o en medio de las selvas intrincadas y misteriosas de Asia son otros tantos motivos de dolor y de superación en el cumplimiento de sus deberes. También sé que el azaroso vivir de los que a diario cruzan en todas direcciones la inmensidad de los mares no es para ellos un espectáculo entretenido, sino un episodio que ha de contemplarse en silencio, como si las alas de lo sublime las rozara. Todo esto es cierto, pero casi me atrevería a decir que es mayor la legión de los discípulos de Albio Tibulo.

Los escaparates de las librerías están abarrotados de narraciones apasionantes de episodios guerreros; en la Prensa diaria se prodigan las fotografías de hechos actuales de armas, y son muchas las publicaciones que con el fin de informar a los grandes públicos de la marcha de los acontecimientos que hoy conmueven al Mundo, han de recurrir al procedimiento de encubrirles los sufrimientos ajenos a los mismos. Abundan en la parte gráfica de dichas publicaciones las caras de soldados risueños, y en el texto de las mismas casi nunca se refiere ningún episodio triste. La gente lee dichas publicaciones, y son pocas las personas que sepan arrancarle la verdad; pero aquello les divierte, y es un magnífico pasatiempo para sus horas de ocio.

A veces sucede todo lo contrario. A veces el sencillo observador se ve sorprendido por alguna nota desagradable. El cinematógrafo puede ofrecerle la perspectiva de horribles ruinas, de cuerpos muertos pudriéndose al sol. La Prensa puede hablarle de soldados japoneses que desembarcan en Singapur portando las cenizas de camaradas que perdieron la vida antes de ver cumplido su sueño de pisar la fortaleza británica; pero esto no hará honda mella en su espíritu y, a lo sumo, servirá para que algún día pueda decir en una reunión de amigos que la guerra es algo terrible.

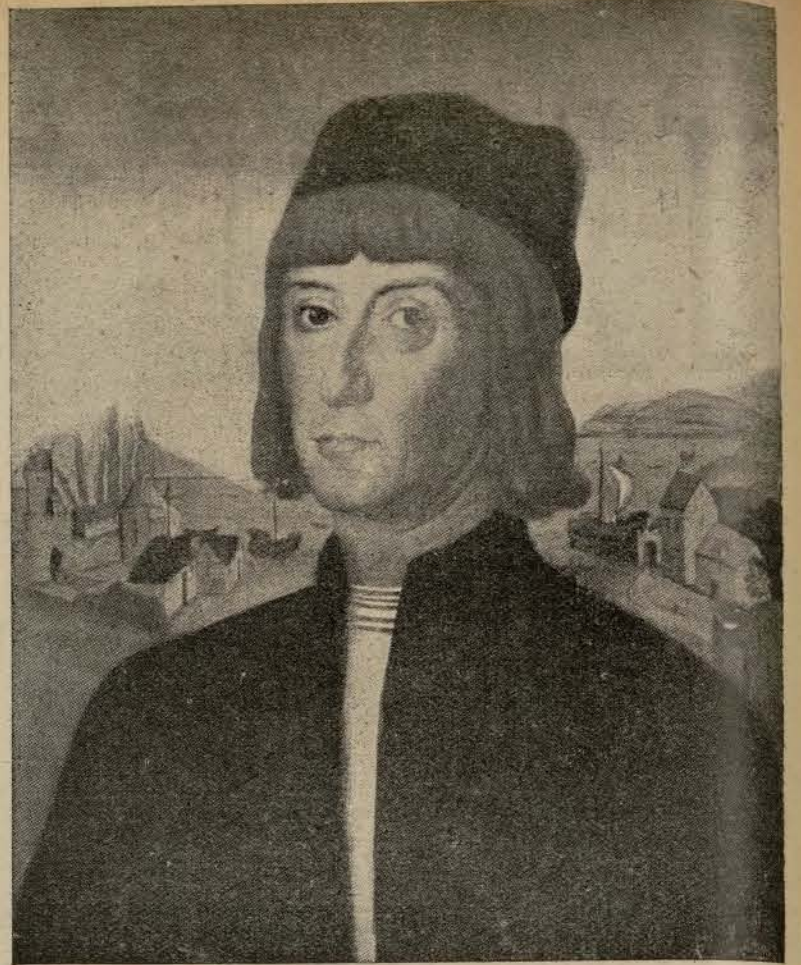
Sí, sí; la guerra divierte a mucha gente. Hay infinidad de señores y de damiselas que no sabrían qué hacer ni de qué hablar el día que la guerra acabe. Hay muchos seudocruditos que se quejarían si no encontraran los libros que a ellos les gustan, los que hablan de hazañas de submarinos, de barcos corsarios, de capitanes célebres, de espías y de escenarios de las grandes batallas. Es loable, es más, es necesario que los pueblos se preocupen de dar la debida publicidad a las hazañas de sus hijos, pero es criminal enterarse de las mismas sin que después seamos un poco mejores, más patriotas, más sufridos y cumplidores de nuestros deberes, a la par que es el mayor insulto que podemos hacer a los soldados que fueron y a los que son tomarlos como simples atletas.

Yo no sé qué pasaría si un día pensarán en ello los soldados. Muchas cosas podrían pasar, porque a cualquiera se le alcanza el trascendental papel que en toda contienda juegan los que están detrás de los contendientes. El eco que nuestras acciones despiertan puede ser decisivo para toda la vida; bien para levantarnos hasta alturas insospechadas, bien para hundirnos en las negras sombras del ostracismo; y lo que a un individuo puede sucederle, en determinadas circunstancias puede darse también en una multitud, sobre todo si, como un ejército, no es informe ni gregario, sino todo lo contrario.

Albio Tibulo expresó admirablemente el sentir de muchos hombres, y si bien éstos hicieron mucho daño a través de todas las épocas, no fue su actitud capaz de cambiar el rumbo de la Historia, como no lo será para resolver los problemas que hoy preocupan a la Humanidad; pero su apatía, su curiosidad exenta de más honda preocupación, su visión indiferente de los sufrimientos de muchos de sus semejantes, su postura ante el ser o no ser de nuestra civilización, merece el más enérgico anatema.

¡Que el eco que en nosotros despiertan las hazañas de los que combaten sea en todo momento digno homenaje a los mismos!

SERVANDO C. MOJON



Martín Alonso Pinzón.

El destino histórico de España

La predicación del Apóstol Santiago y la aparición de la Virgen en Zaragoza hacen de España el pueblo predilecto de la Providencia; la fusión de todas las razas desparramadas por el solar hispano bajo el cetro de Recaredo, teñido en la sangre de un mártir, augura ya la misión que había de desempeñar España en el luengo correr de la Historia: la de ser la defensora indefectible de la fe y la civilización. Por eso, cuando los sectarios de Mahoma se derraman por nuestra Península, en continuo jadeo de siete siglos, nuestros mayores sirven de dique a aquel turbión de barbarie que amenazaba a Europa, arrojando de nuevo a los hijos del Islam a sus Desiertos africanos.

Y no satisfechos todavía con haber realizado solos la Cruzada de Occidente, los españoles cierran con broche de oro las Cruzadas orientales, sepultando en las aguas de Lepanto la Media Luna, que pretendía convertir el Mediterráneo en un lago musulmán. Y en defensa de la civilización cristiana contra los sectarios de Lutero corren nuestros Tercios a las dunas de Flandes y a las orillas del Elba, como antes contra los musulmanes habían ido a Alarcos, a Las Navas, al Salado y a Granada aquellos caballeros de epopeya.

España, en el siglo xv, consiguió, rehecha la unidad nacional bajo los augustos monarcas católicos Fernando e Isabel, encontrarse a sí misma, verse en toda su grandeza, y entonces no se resigna a dormir sobre los laureles conquistados, y se propone realizar la catolicidad del apellido de sus reyes: se acerca al pórtico de La Rábida y lo cambia en el pórtico de su gloria, glorioso arco de triunfo por donde pasó el Evangelio y la civilización a despertar el sueño secular de las Américas... Y entonces se realiza otra epopeya: la epopeya más grande que han realizado los hombres, y del seno de España salen aquellos sus grandes hijos: Colón, Almagro, Hernán Cortés, Magallanes, Vasco Núñez de Balboa..., descubridores, aventureros y conquistadores que emulan en valor con los más grandes generales que registra la Historia y rivalizan en cristiandad con aquella legión de heroicos misioneros españoles que son, a su vez, los mejores misioneros del Mundo.

En defensa de la civilización cristiana, amenazada de muerte por la jauría marxista, se alzó en armas España el 18 de julio del 36, y en gigantes batallas, en una dura y tenaz guerra de cerca de tres años, dió al traste con la anti-España nefasta—amalgama de comunismo, judaísmo y masonismo—, que pretendía nada menos que implantar la barbarie bolchevique en nuestra nación. En la guerra actual, que no es un choque de nacionalidades rivales, sino una lucha a muerte entre dos maneras de concebir la vida, los mejores hijos de España, los voluntarios de la España nacionalsindicalista, de esta España valerosa en su fe y patriotismo, se cubren de gloria peleando como leones en los campos de Rusia, al lado de las heroicas e invencibles fuerzas del Eje.

La presencia de la División Azul en los campos de batalla de la U. R. S. S. es la afirmación, en los tiempos modernos, de nuestra perenne misión espiritual, de nuestro destino histórico en el Mundo. No luchan nuestros hermanos por objeto material, sino que cierran con broche ideal la Guerra de Liberación iniciada en nuestra Patria, la gran Cruzada, a la cual algunos autores señalan carácter escatológico, que ha de salvar la civilización y la fe en la Edad Contemporánea.

RAMÓN MARIA

el Estado que necesitaba España. Acordándose de aquellos viejos periodistas a quienes la tumba les hace guñíos picarescos de atracción, como los que ellos hacían a la opinión desde las planas impresas, el Instituto Nacional de Previsión cumple una de las consignas bienhechoras del nuevo anhelo nacional, destinando a los que consagraron y perdieron sus energías en defensa de la idea de dotar a España de su unidad metafísica, su especial protección. Así se desprende de la noticia publicada por la Prensa acerca del acuerdo de di-

cho Instituto de otorgar pensiones a los periodistas ancianos.

Ante esta nueva perspectiva real que el nuevo Estado Nacionalsindicalista ofrece al comentario y al elogio, el viejo don Gerundio, que tantas crónicas ha escrito acerca de la mala administración de su tiempo, haciendo un supremo esfuerzo, levanta su maltrecho brazo para saludar a la manera romana, vigorosa y eterna, el nuevo resurgir de la España falangista.

AMADO GONZALEZ.

Don Gerundio y nuestro tiempo

Un golpe de tos fatigosa y persistente nos advirtió que don Gerundio estaba cerca. Caía una lluvia menuda y pertinaz que infiltraba en la ropa primero, en la piel después, y, por último, en los huesos, la humedad de aquel día otoñal. La atmósfera era tristonía, pesada y con propensión al aburrimiento.

Entró don Gerundio, una vez que hubo cerrado el paraguas que le cubriera de la llovizna, en el bodegón donde todos matábamos el tiempo que se había parado en las interminables horas de la modorra. Y su entrada fué saludada con muestras del más profundo respeto y veneración hacia sus setenta años y, sobre todo, a su acrisolada conducta y afable carácter. Don Gerundio es hombre de proporciones físicas reducidas, de rostro grato, que nada señala al profano de sus luchas y contrariedades. Conserva todo su cabello, ya grisáceo, y sus ojos azules acorados nos invitan a pensar en el hombre enérgico que no ha perdido su genio a pesar del excesivo peso de la edad.

Siente la impaciencia y el ímpetu de un joven, como se demuestra por la prisa con que hace que le sirva la camarera. Su temperamento, nervioso e inquieto, es incapaz de pasarse el día sentado en una poltrona en actitud acomodaticia y burguesa.

La lluvia ha dejado de ser menuda para volverse torrencial y don Gerundio tiene que resignarse a prolongar su estancia en el figón. Esto nos

da ocasión para oír de sus labios unas breves impresiones de su combate en la vida, una visión retroactiva de los tiempos que él combatió, recordando con pasión y vehemencia las incidencias gratas o ingratas de su labor periodística. Al conjuro de su narración vemos pasar ante nuestra mente todo lo pintoresco de la fértil América. Nos habla de las típicas costumbres de Méjico, donde se co-deaba con los hombres de posición más encumbrada y trataba a los de más humilde condición; de sus fatigas y sinsabores por la floreciente Argentina; del Brasil de su ensueño, país que él llama lugar privilegiado de la tierra, jardín de la Humanidad, donde de todo abunda y de nada falta.

El ha vivido en América la pasión de España como redactor en diarios y revistas que laboraron, a su manera y a su modo, con rectitud y lealtad por la grandeza de España, en cuya tarea nunca pensara desmayar. En toda su labor dejó impresa la huella de su sincero amor a España. Era su anhelo más intenso la hermandad y la concordia entre los pueblos hispanos, y su afán principal el intercambio moral y material entre España y América, tarea que propugnó y defendió desde las columnas de la Prensa y a través de su gestión consular en el Brasil.

Así fué contándonos, con ese grato sabor que para los jóvenes encie-

rran las narraciones de labios ancianos, las curiosidades, anécdotas, peligros y triunfos observados al correr de su lucha diaria.

Hay un momento en que su gesto adquiere forma triste y enérgica. Es cuando se refiere a la hecatombe histórica del 98. El fué voluntario a Cuba.

Los años pasaron. Y si la caduca Monarquía empeoró el sentir nacional, la República, que pudo encauzarlo y elevarlo, hizo lo descender al fango, haciendo que el valor moral de España se cotizase en quiebra dolorosa.

Siempre el anciano periodista terminaba exaltándose, y, levantando el brazo que en la guerra de Cuba sufriera los efectos de la metralla, nos mostraba a nosotros, jóvenes, la virilidad y resolución que aún se encendían en aquel pecho viejo y decidido...

Hoy amaneció con primavera. El frío no ha desaparecido aún, pero los árboles hacen esfuerzos por mostrarnos su flor bajo los efectos salutíferos del sol, que los mortales también aprovechamos. También se nos agrega, a la hora acostumbrada, el ya más anciano don Gerundio. Esta vez no es el paraguas su compañero. Trae un papel que desdobra ante nuestra curiosidad:

Y en esta mañana de primavera patriótica, don Gerundio nos dice lleno de satisfacción y gozo: "Este es

RUTAS DE IMPERIO

España en Oceanía

Por JUAN DE TOLEDO

"En el mes de febrero del año de Nuestro Señor de mill e quinientos e vent e uno—dice una transcripción de la crónica del caballero Antonio de Pigafetta—, los vigías clamaron tierra, e habiendo dispuesto don Hernando que se acostase e reconociese, resultó ser una pequenna insula que fizo nombrar de Sant Pablo."

Mes de febrero de 1521. El joven Carlos de Gante rige los destinos de España. Europa—España, pues en los latidos de las tierras hispánicas se buscaba ya el punto y ritmo del Mundo—vibra ante el recuerdo de las campañas de Gonzalo de Córdoba y el presentimiento de la rota de Pavía, mientras la elección del Sacro Imperio ha de señalar y decidir rutas futuras. En estos días plenos, densos, henchidos de historia, dos pequeñas naos que arbolan el estandarte de Castilla "acostan e reconocen una pequenna insula, que facen nombrar de Sant Pablo".

tierras que conquistar e evangelizar.

Ni las penalidades vencidas, ni los diez y ocho meses de navegación desde que zarparon de puerto español, ni la pérdida o deserción de las otras tres naos que completaban la escuadrilla, bastarían para dar relieve especial al hecho, pues tales sucesos son, para el espíritu hazañoso y aventurero de la época, no más que cotidianos y simples detalles previstos ya de antemano.

Y, sin embargo, al reconocer el islote de San Pablo, las dos naos castellanas marcan una fecha memorable en la Historia—y la marcan con colores de España—, pues aquella isilla era la primera tierra descubierta en un Mundo ignorado: era una isla de Oceanía.

Dos años antes se presentaba a Carlos I de España un hidal-

goría de españoles. Entre los oficiales figura un marino guipuzcoano, taciturno, austero, con mirada en que se adivinan visiones de mares exóticos y tierras remotas: se llama Juan Sebastián Elcano.

"Trinidad", "Victoria", "Santiago", "Concepción", "San Antonio"...

Las cinco naos de la escuadrilla llevan en sus costados nombres de fe y de triunfo; nombres hispanos.

En un día agostoso, caldeadas por el sol andaluz, parten del claro puerto de Sanlúcar de Barrameda y enfilan las proas a la estela colombina, por el antiguo Mar Tenebroso, ya iluminado por luces de España, y son los cinco espolones como las cinco flechas del haz de Isabel y Fernando, y sus velas y gallardetes, al flamear, copian y recuerdan vuelos de gigantescas águilas de Imperio.



Juan Sebastián Elcano.

Tierra del Fuego, el ansiado paraíso, el que hoy se llama Estrecho de Magallanes, y cruzándolo, desembarcan en el Grande Océano, mar proceloso y turbulento, pero aquel día encalmado, y que recibe el nombre de Pacífico. Sobre sus cabezas brilla la Cruz del Sur, y el capitán, al verla exclama: "¡Ahí veis brillar la cruz de Cristo, que nos guía y ampara".

Océano Pacífico. El Grande Océano, misterioso, terrible y sugeridor, de cuyas aguas inexploradas parecen surgir espejismos que atraen a los espíritus sedientos de aventura. El mar que se extiende entre el mundo colombiano y las costas de Cipango y Catay; donde los geógrafos de la antigüedad situaban la isla de San Malandrán y la tierra incógnita.

Entre sus olas navegan tras largos meses las dos naos, rumbo a las Malucas, sin hallar tierra, sobrecogidos de soledad y misterio sus tripulantes, que esperan quizá ver surgir en su derredor las sirenas y los monstruos fabulosos que pueblan las bellas e ingenuas cartografías de la época.

Tres largos, interminables meses, hasta que un día el grito de "¡Tierra!" suena como un toque de clarines entre las gaviotas de la nao capitana.

Es un islote insignificante; San Pablo queda bautizado por Magallanes.

Pero tras de aquel islote surge el de Tiburón, y más tarde, entre otros entrevistados en la distancia, acostan al de los Ladrones, y al fin en el de Masagua, del archipiélago que se ha de llamar de las Filipinas.

En ellas comienza la labor evangélica, y auxiliando al convertido rey de Cebú contra el

de Mactán, como capitán de la Cruz, halla Magallanes heroica muerte.

Murió el caudillo, pero no en vana demanda de su empuño. Cumplió el designio que parecía quimera, y lo cumplió centuplicado. No ha hallado tan sólo un nuevo paso hacia las islas de las Especias, sino que descubrió extensas tierras, ricas y pródigas.

Tras él, Elcano tocará en las Malucas, y ya sólo con la nave "Victoria"—¡bien hizo honor al nombre!—, retornará a la amada Patria.

Salazar, Mendaña, Legazpi, conquistarán aquellas regiones para España, que no contenta con haber alumbrado un Mundo nuevo, ha sabido realizar el milagro de hallar otro más nuevo todavía. Dos Mundos que a través de todas las vicisitudes de la Historia seguirán hablando en español, que es como decir que seguirán pensando, soñando, sintiendo y rezando en español.

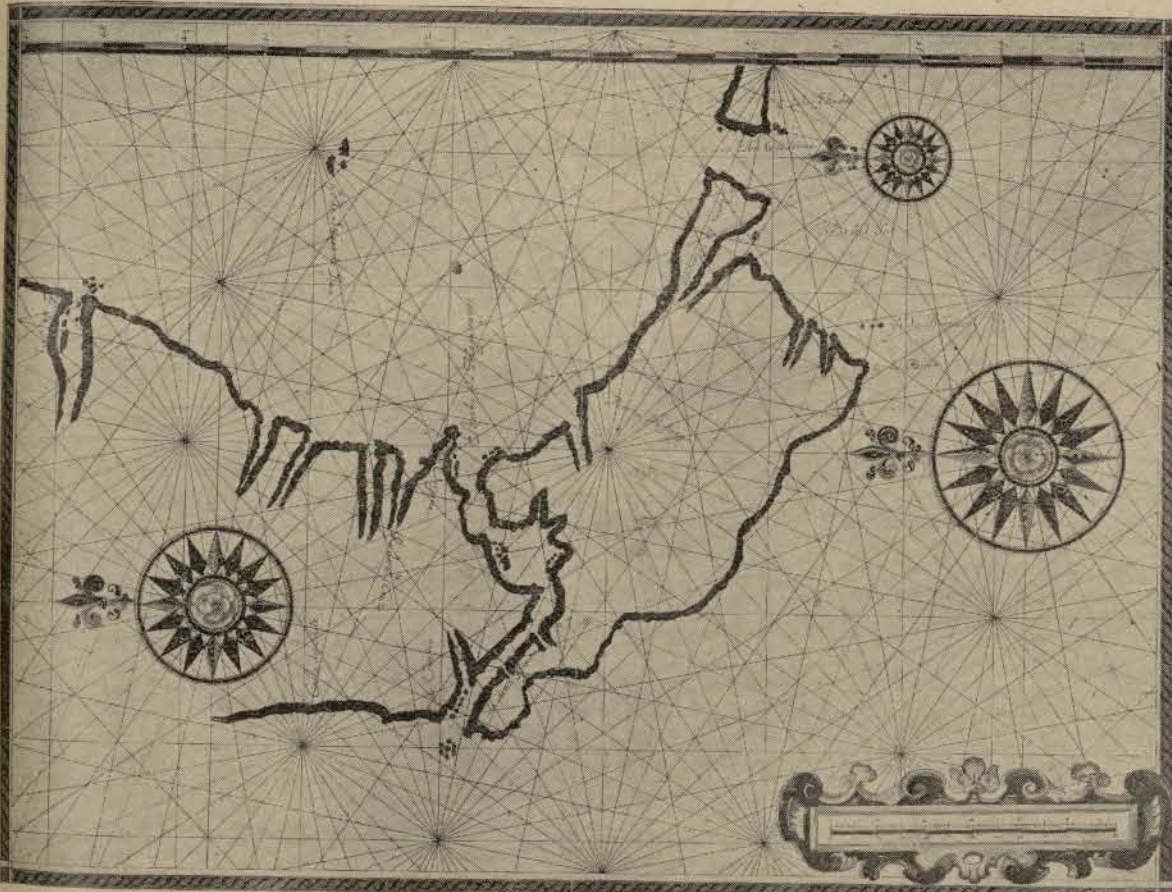
Un colosal, enardecido por la evocación de nuestra Historia, soñando con hazañas de Magallanes, Corteses y Pizarros, decía con tristeza, mirando el Mundo dibujarse en un planisferio: "Ya no hay más tierras que descubrir. ¿Qué hará ahora España?" Y el maestro, noble blancura en la cabeza y brillo de fe en la mirada, respondía: "Queda siempre un Mundo Nuevo y Eterno que descubrir, para que España tenga un quehacer. Pero no lo busques ahí. Búscalo más alto..., en el cielo." Y continuó, ya casi para sí: "España es Alma de la Historia", y un poeta español dijo: "Ciego, ¿es la tierra el centro de las almas?"

"El pueblo que no tiene vida sino para sí, el pueblo que no abruma con el excedente de la suya a los pueblos vecinos, está condenado a la oscuridad; y donde no llegan sus armas no llegarán sus letras; donde su espada no deje un rasgo de sangre, no imprimirá tampoco su pluma ni un carácter solo, ni una frase, ni una letra."

"Volvieran, si posible fuese, nuestras banderas a tremolar sobre las torres de Amberes y las siete colinas de la ciudad espiritual, dominara de nuevo el pabellón español el golfo de Méjico y las sierras de Arauco, y tornáramos los españoles a dar leyes, a hacer Papas, a componer comedias y a encontrar traductores. Con los Fernández de Córdoba, con los Espínolas, los Albas y los Toledos, tornaran los Lopes, los Ercillas y los Calderones."

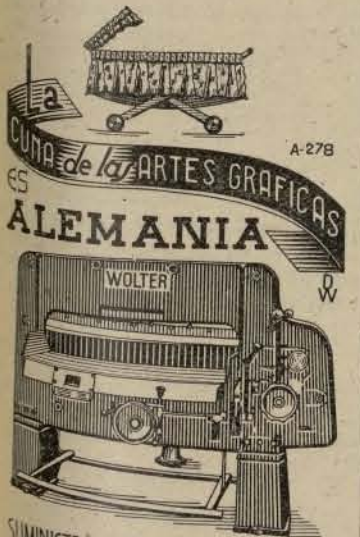
LARRA

(Prólogo a "Horas de Invierno")



Carta de navegación del siglo XVI.

Episodio, en apariencia, insignificante; desde la epopeya colombina, naves españolas y portuguesas recorren los mares, y de sus aguas surgen por doquiera



SUMINISTRO de TODOS los ACCESORIOS y MAQUINAS NECESITADAS en las MISMAS en INMEJORABLE CALIDAD
Heinrich V. Reinicke
BILBAO
TEL. 13788-TELEGR. "RENEK" AV. DR. AREILZA 22

go portugués. Era un veterano, ya cuarentón, recio y enjuto; había llegado a Goa con Alburquerque, y, a las órdenes de Segueira, había combatido en Malaca; se llamaba don Hernando de Magallanes. Intrigas cortesanas habíale malquistado con el monarca lusitano, y no resignándose a una inacción poco en armonía con su espíritu inquieto y aventurero, busca campo más propicio, ofreciendo sin reservas su espada al juvenil rey de Castilla.

Las lejanas islas de las Especias, a las que, doblando el cabo de Buena Esperanza, arriban los navegantes, españoles, pueden acercarse, en el tiempo, a los puertos ibéricos. Ante Carlos despliega una imaginaria cartografía, afirmando la existencia de un nuevo paso desconocido hacia el misterioso Grande Océano que descubriera su compatriota Balboa. El nieto de Isabel tal vez presente algo de mayor trascendencia en el proyecto, y pocos meses más tarde zarpan cinco naos del puerto de Sanlúcar, y la capitana iba mandada por Magallanes. Nautas españoles dirigen las otras cuatro, tripuladas por un gentío bravo, hecho a todas las rutas y avezados a las más arriesgadas empresas, y compuesto—siempre coinciden los mismos pueblos en las sendas de la Historia—por portugueses, alemanes, italianos y una gran ma-

Al avistar las costas de las Indias occidentales ponen rumbo, con dirección Sur, en demanda del paso presentado por Magallanes.

Jornadas monótonas, duras, difíciles, de costeo y reconocimiento, en que para avituallarse tienen no pocas veces que luchar con los numerosos indígenas de la tierra, que una vez conquistada, bautizan con el nombre de Patagonia.

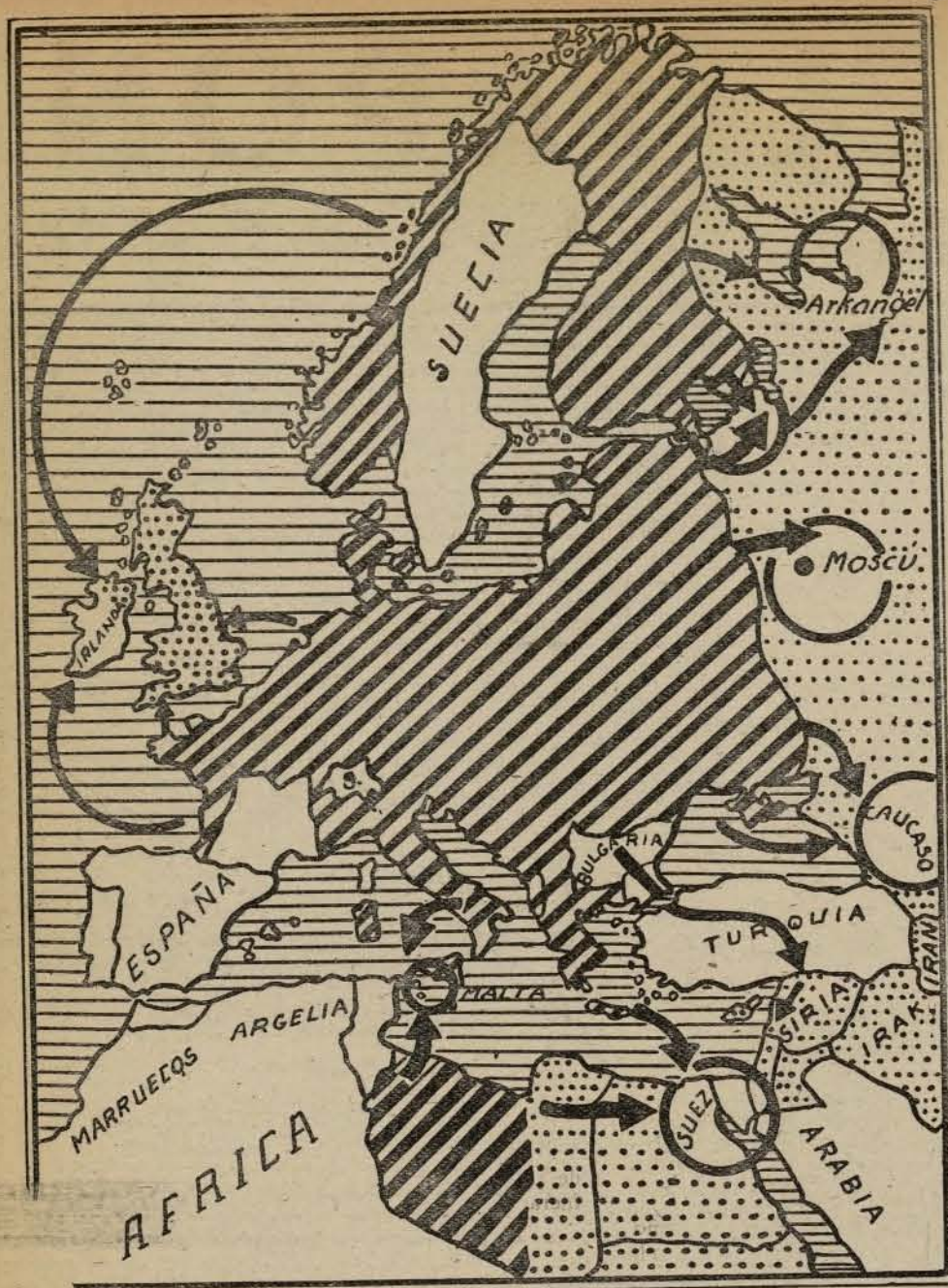
La búsqueda es infructuosa; no se halla el paso deseado, y las tripulaciones, debilitada su confianza en el jefe, comienzan a dar muestras de fatiga y descontento, hasta que al fin estalla la rebelión. Quieren volver a España; pero la energía indomable de Magallanes se impone, y los cabecillas de la sedición son ejecutados. El principal de ellos, Juan de Cartagena, obtiene, no obstante, gracia de la vida, y es desembarcado, pues "aviado fecho el Rey segundo e conjunta persona de don Hernando, e quiso éste demostrar en su persona el acatamiento al Rey".

Las penalidades se multiplican. La nao "Santiago" naufraga; la "Concepción", con la quilla rota por un bajío, es quemada por inservible, y la "San Antonio" destacada para un reconocimiento, deserta y regresa a España.

Pero la "Trinidad" y la "Victoria" descubren, al fin, cabe la

¿PUEDE SER RUSIA es la

¿ATAQUE AL JAPÓN?



Ante las grandes ofensivas de primavera en los frentes europeo y africano

La detención de la ofensiva alemana sobre el frente ruso cuando el invierno impidió la prosecución de las operaciones en gran escala, fué base de las esperanzas angloyanquibolcheviques. Las fuerzas soviéticas debían iniciar una reacción violenta; imponer a sus adversarios un repliegue profundo al través de las estepas heladas y reconquistar los principales centros industriales del país, incluyendo, desde luego, a casi toda Ucrania. El plan, que, como el lector puede apreciar, era ambicioso, fracasó en toda la línea, pese al bárbaro sacrificio de vidas humanas impuesto por Stalin, y ha sido sustituido por otro de menor alcance que persigue actualmente tres objetivos esenciales: levantar el cerco terrestre a San Petersburgo para hacer factible el abastecimiento de la ciudad, que si hoy puede efectuarse sobre la superficie helada del Ladoga, será imposible más adelante, mientras los alemanes se mantengan en Schusselburgo, sobre la orilla meridional del lago; alejar, en el sector central del frente, la amenaza que pesa sobre Moscú y su región industrial, pues la Wehrmacht conserva las posiciones que la permitirán, llegado que sea el momento conveniente, lanzar energicamente la ofensiva hacia el Este y cerrar en Crimea uno de los accesos al Cáucaso, para lo cual Stalin trata de alejar a las tropas aliadas de la península de Kertch y de ensanchar al tiempo el frente terrestre en torno a Sebastopol.

Mas los días y las semanas pasan; el buen tiempo se acerca; los preparativos de la gran ofensiva se hallan ya muy adelantados y las esperanzas de Londres y Washington se apagan, en tanto que Stalin, decepcionado, exige de sus aliados y, particularmente de Inglaterra, una actividad ofensiva contra Alemania, actitud que parece prácticamente imposible por carecer de frentes para su aplicación.

Ante la situación actual en Europa y África, situación indicada en el croquis, ¿qué acciones cabe esperar como más probables por parte de los países del Eje, que ocupan los territorios indicados con trazos? Para responder a esta pregunta, que está en el ánimo de todos cuantos nos interesamos por la marcha de la guerra, vamos a ofrecer al lector el siguiente cuadro de hipótesis:

A) En el frente ruso:

a) Ataque a la zona de Arkángel para privar a la U. R. S. S. de este puerto, por donde puede recibir los principales envíos de Inglaterra y los Estados Unidos.

b) Acción sobre la región de San Peters-

burgo, con el fin de realizar la unión de las tropas finlandesas con las alemanas, que se darán la mano en el río Svir, al este del lago Ladoga, ocupando de paso la antigua capital de los zares.

c) Continuación de la ofensiva sobre Moscú para completar la conquista de su zona industrial y minera.

d) Ataques en dirección al Don y al Volga para caer de Norte a Sur sobre el Cáucaso, que será embestido, a la vez, de frente, desde Crimea.

B) Ofensiva sobre el Cercano Oriente, pasando por territorio turco para atacar a Siria y el Irak, operación difícil en la que no debe pensarse sino a base de que Alemania pueda contar un día con el beneplácito del Gobierno de Ankara.

C) Ataque directo al Norte de Egipto, sobre Alejandría-Suez, partiendo del mar Egeo y de Creta, acción que nos parece difícil mientras la flota inglesa mantenga en el Mediterráneo sus posiciones actuales en orden a la potencia de sus barcos.

D) Ofensiva desde Libia hacia el Este, que, por sí sola no puede ser resolutive, pues, aun iniciada con toda energía, el camino a recorrer hasta alcanzar en Egipto los objetivos de verdadero valor militar (Alejandría el principal) es tan dilatado que la acción se vería privada de potencia más allá de un cierto límite que situamos hacia Sidi el Barrani.

E) Ocupación de Malta, para cortar en dos el poder británico en el Mediterráneo; y

F) Desembarco en la Gran Bretaña, aparte, naturalmente, de una intensificación de la guerra al tráfico marítimo para dificultar el abastecimiento de la metrópoli inglesa.

Estas son las acciones que Alemania e Italia pueden realizar en los frentes europeo y africano, algunas de las cuales encontrarán, de fijo, el eco de la realidad, coincidiendo con un recrudecimiento de los ataques nipones en Oriente sobre la India y, tal vez, con la ofensiva sobre una potencia que, hasta el presente, mantiene relaciones de amistad con el Japón, pues el problema de la guerra se halla hoy planteado en unos términos tan complejos y tan amplios, que sus combinaciones no pueden considerarse sino en relación estrecha de los teatros europeo y africano con los asiáticos, a pesar de la gran distancia que entre unos y otros existe.

J. V.

Hay un instante de silencio tras una discusión enconada. Sobre un mapa grandioso de Asia, varios generales señalan posibles rutas y objetivos posibles. Suenan después idiomas diversos, y los intérpretes intervienen. Uniformes ingleses, chinos, rusos y norteamericanos visten los hombres que estudian las operaciones probables. Los punteros señalan ciudades, y esta ininterrumpida escala de lugares apunta un objetivo común: Japón.

¿Puede ser el Japón invadido? Los generales estudian sobre el inmenso mapa del espacio inmenso de Asia las posibilidades de trasladar la guerra a tierras metropolitanas niponas. ¿Será esto posible? Se prepara en el campo político el ambiente y se crean dificultades diplomáticas. Los estados aliados en el continente amarillo concuerdan su actividad política con la militar. Chang-Kai-Chek se entrevista con los jefes del pueblo hindú y con el virrey de la India, y en el Parlamento inglés se discute la posibilidad de conceder un Estatuto de Dominio a este territorio. ¿Rusia? Su pacto de no agresión con Tokio le obliga a no intervenir frente a Japón, pero más aún el campo de guerra en Europa. Mas la noticia del cierre de las pesquerías niponas en la isla de Sajalin ha producido gran satisfacción en los medios angloyanquis. ¿Se acerca el instante de romper con el Japón? Informaciones aseguran que Rusia concentra tropas en las fronteras del Manchukuo, y se ha propagado el rumor de que el choque general entre la U. R. S. S. y el Japón es inminente. Roosevelt dió a conocer las profundas modificaciones que decidirá en la organización de mandos de su propio Ejército. Son generales jóvenes, dinámicos, hombres de cuarenta años, a tono con el ritmo veloz que exige la guerra actual, los que ascienden a las jefaturas máximas de los Ejércitos de Tierra y Aire.

CENTRO DE GRAVEDAD ESTRATEGICO

Wawell está en la India. ¿Qué hace? Alguna vez podrá seguirse la historia de esta guerra, pasando revista a los cuarteles generales



La juventud japonesa, educada en el amor al mar, siente el optimismo de una próxima aventura heroica.

establecidos por el general Wawell. Estuvo primero en Bengasi, luego en Atenas, después en Belgrado, volvió al Cairo, y desde allí pasó al Cáucaso. Fué más tarde a la India, a Shonank y a Java, y ahora regresa a la India. ¿Terminará en Panamá? La tierra donde pone las plantas Archibald Wawell es insegura.

Ningún mando militar ha sabido aplicar, como el alemán, lo que los técnicos llaman método de la formación del centro de gravedad estratégico para lograr éxitos decisivos. Así se hizo en Polonia, Noruega, en Francia y en los Balcanes. Y también Japón lo ejecuta en todos los lugares considerados como importantes objetivos. Es de creer que tal piense el famoso general inglés. Los aliados necesitan concentrar todos sus esfuerzos en un frente único y derrotar a los enemigos separadamente; pero su política no ha estado acorde con este principio al establecer frentes diversos con el fin de debilitar la potencialidad bélica germana, y el resultado del manejo de la doble arma ha sido desdichado para los anglosajones. Un solo frente tiene el Eje: Rusia; un frente sólo tiene el Japón: China y Birmania, puesto que Australia no será enemigo serio una vez presentada batalla en el continente desamparado. Inglaterra se halla entre dos frentes importantísimos: los nipones amenazan simultáneamente la India y Australia, y en Europa, el Eje proyecta para el momento oportuno la invasión de su territorio.

Inglaterra creará, al parecer, el centro de gravedad estratégico. Ayudará a la U. R. S. S., pero concentrará sus fuerzas contra el Japón, coaligada con Norteamérica, China y Rusia. Alaska, Vladivostok y la China de Chang-Kai-Chek son muy buenos puntos de partida para atacar al pueblo nipón en sus propias tierras.

Los nipones realizan sus reiterados y múltiples desembarcos; ello quiere decir que cuentan, si no con el dominio absoluto del mar, por lo menos con una marcada preeminencia marítima, ya que una ofensiva requiere más medios que la mera resistencia a la acción enemiga. No se sabe cuándo las fuerzas podrán igualarse o de tal modo alterarse que los términos se inviertan. Hoy, los marinos japoneses baten con suficiencia a las armadas coaligadas enemigas.

Por esta razón, los anglosajones piensan en atacar al Japón por vía terrestre, partiendo de Birmania y descendiendo hasta el Sur. Si ese plan es factible, se lograrían al propio tiempo dos objetivos igualmente trascendentales: de un lado, mantener la conexión con China; de otro, reiterar, a expensas del Japón, la táctica que a él le diera tan magníficos resultados. Para esto ha de contarse con China. Ello explica la presencia reciente de Chang-Kai-Chek en Delhi, donde se está organizando una acción militar que logre el doble fin de preservar a la India de la invasión y de intentar la expulsión de los nipones de la península de Malaca. Si esos planes resultaran fallidos, el Gobierno de Chung-King, inmediatamente, aislado, separado de sus proveedores, perdería prestigio y potencia en igual medida que se acrecentaba el de Wang-Ching-Wei en Nankin. Ello favorecería los planes del Japón de la organización de la Gran Asia Oriental.

He aquí cómo las potencias que todo lo apoyaban sobre una supuesta supremacía marítima, al planear ahora esa ofensiva continental, terrestre, confiesan implícitamente que el gobierno de los mares no está en manos de las flotas anglosajonas. Algo de esto saben los marinos ingleses en sus primeros encuentros con la armada nipona en aguas de Malaca, y que les costó varios acorazados, y también los yanquis en Pearl Harbour y los holandeses en Java.

Esta inversión de táctica anglosajona pen- de en gran parte de la incógnita rusa. La ba-

talla decisiva para el Japón, si es que algún día ha de librarse, ha de ser, necesariamente, sobre sus tierras metropolitanas, no para ocuparlas—tarea imposible—, sino para desconectarlas del continente asiático. Es difícil—¿acaso algún día lo conocerá el Japón en su propia carne?—mantener conexión entre el archipiélago nipón y esas islas del Sur que de manera inexorable están pasando a sus manos. Como lo ha sido para Inglaterra, Holanda y los Estados Unidos, que tienen precisión de cruzar el Océano y librar batallas muy lejos de sus bases metropolitanas.

LA INCOGNITA RUSA

Sobre las sillas están aún los capotes de campaña. Ya no se inclinan los generales sobre el mapa. Conversan y hablan, China asiente y Rusia calla. Wawell explicó su plan, y ahora contempla a los jefes aliados. Hay que detener el avance nipón por todos los medios posibles; contener a los nipones no es misión fácil, pero sí necesaria. La guerra toda está pendiente de ello; lo requiere China, lo necesita Inglaterra y Australia y los Estados Unidos, que un día cualquiera podrían ver volados, por los dos océanos que los verse hacia ellos, por los dos océanos que los amparan, las potencias a quienes provocó a combate.

El ataque a Japón, en sus islas, sería una posibilidad y quizá la victoria. Pero el ataque naval, con bases lejanas, es inútil, y ya la realidad lo ha demostrado cuando la escuadra yanqui intentó acercarse al archipiélago de Birmania hacia el Sur, contra Shonank, hasta Rusia contra las islas japonesas.

INVADIDO EL JAPON?

INCOGNITA DE ESTA GUERRA

Hoy, las dos tradicionales potencias marítimas prenden sus esperanzas en la acción de dos naciones continentales: China y Rusia. Disfruta la primera de una relativa libertad de movimiento; no así la segunda, empeñada en una guerra, llamada a recrudecerse en los próximos meses primaverales, ya muy cercanos. Aquí penetramos en un círculo vicioso; porque Rusia y China precisan del material bélico angloamericano; mas para proporcionárselo es necesario, si no dominar todos los mares, por lo menos ciertos mares que la primavera puede dejar en condiciones de ser utilizados. Esta inclinación pendular está preñada de riesgos. Porque si lo fundamental en una guerra es seguir un camino de acción seguro, las indeterminaciones equivalen a penetrar en el peligroso sistema del tejer y destejer.

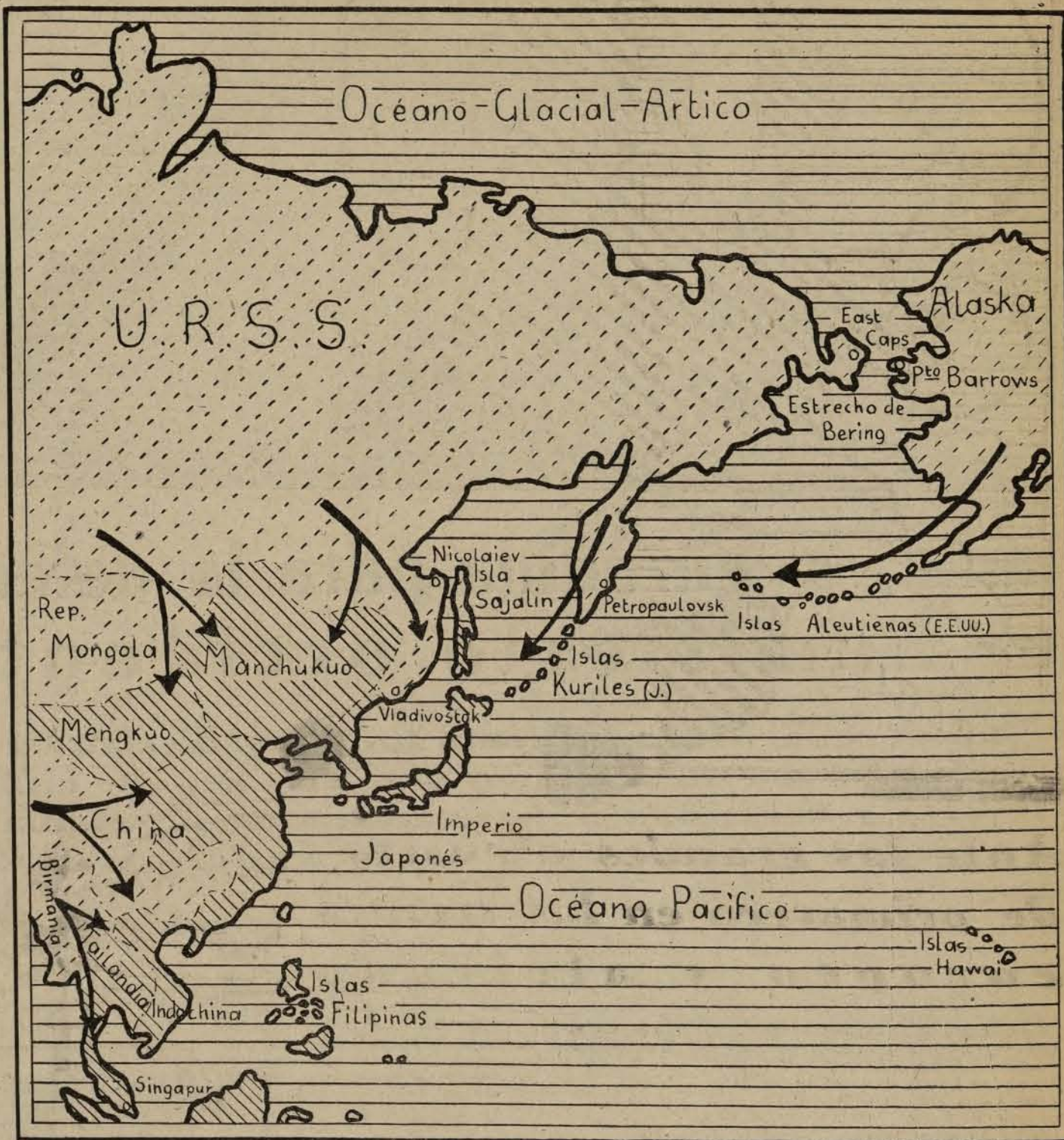
Litvinov, embajador soviético en Washington, habló en los lujosos salones del hotel Waldorf-Astoria, durante una cena de los periodistas norteamericanos y extranjeros, y pidió, o mejor dicho, exigió, en términos imperiosos, que los aliados creen este verano nuevos frentes de guerra a través del vasto Mundo, "cosa que urge", clamaba Litvinov entre los enfervorecidos aplausos de la mayoría de los comensales. Reclamó una ofensiva aliada: "Los nazis pretenden unirse a los japoneses en la frontera de la India, a través de Turquía, y el proyecto sólo podrá impedirse creando nuevos frentes". ¿Cuáles? ¿Dónde? Inglaterra lo ha señalado: frente a Japón, muy cerca de la metrópoli.

PREPARANDO LA OFENSIVA

Los soldados avanzan entre la nieve para ocupar las posiciones. Un paisaje de blanca cegadora se extiende en amplia llanura, y al extremo de un camino de trineos se vislumbran las extrañas viviendas de un poblado: Puerto Barrow, en el Estrecho de Bering. Las fuerzas llegarán hasta East Caps, donde enlazan con las soviéticas en Siberia, después de atravesar los noventa kilómetros del Estrecho, y ocupan Nulats, San Lorenzo, Flat, Quinhagak, Seward, Chilkoot Barraks, Dutch Harbor y las islas Aleutinas. ¿Qué se prepara?

El territorio de Alaska, talón de Aquiles para Norteamérica, está separado del Asia soviética por 56 millas del Estrecho de Bering, mientras que la base naval de los Estados Unidos más próxima al Estrecho se halla a más de 2.000 millas. Un Ejército mecanizado podría cruzar en pocas horas el Estrecho, invadir Alaska y apoderarse de la costa septentrional de Norteamérica, después de barrer las no muy importantes defensas canadienses. Los soviets son hoy aliados, y juntos preparan el ataque a Japón. Antes, cuando la U. R. S. S. hallaba el desprecio de los políticos yanquis, los norteamericanos, conscientes del peligro, trataron de obtener de Inglaterra la creación de un pasillo a través del Canadá para facilitar sus comunicaciones con Alaska. Pero la situación ha variado notablemente, y recordamos ahora las declaraciones de Roosevelt a los periodistas sobre una probable invasión nipona. —Si; por Alaska se puede invadir América. No tiene las defensas necesarias aún.

Y desde entonces los Estados Unidos concentraron fuerzas y prepararon la defensa de aquel territorio, y todo el esfuerzo bélico, perdidas las esperanzas en Extremo Oriente, se



aplicó a crear y multiplicar la potencialidad de aquel Estado. Ochenta mil almas lo habitan. Dista 1.000 millas de Chilkoot Barraks, donde el Canadá tiene establecida una guarnición; 2.000 millas de Seattle, el puerto y la base naval más importante de los Estados Unidos en el Pacífico septentrional; 3.000 millas de Pearl Harbour, en Hawai, la base asiática más

próxima que poseen los americanos. ¿No son elocuentísimas estas cifras? El Imperio del Sol Naciente dista 700 millas tan sólo, y desde las Aleutinas aún está más próximo.

¿Y Rusia? El mariscal rojo K. Blucher, jefe del Ejército de Extremo Oriente, se halla apostado en Chabarowsk, Vladivostok, Nikolaiev y Tasov, con 65 divisiones dispuestas a cualquier eventualidad. En la República popular mongola hay revuelo bélico, y los famosos jinetes mongoles se preparan para atacar al Manchukuo, el Imperio de la Orquídea de Oro, y la China de Wang-Ching-Wei, con cinco divisiones de caballería. Y en la isla Sajalin, en Pogobi y Dui, los soviets concentran también fuerzas. ¿Qué se prepara? Las pesquerías niponas han sido cerradas y las industrias de petróleo y las refinerías de la isla vigiladas estrechamente. La zona industrial de Irkutsk trabaja a ritmo acelerado, y también la de maquinaria y metalurgia de Chabarowsk. Por Tschita pasan trenes con fuerzas para Extremo Oriente y para Europa. ¿Establecerá la U. R. S. S. otro frente contra el Japón? ¿Podrá sostener su potencia guerrera en dos frentes? No. Las zonas industriales del Turquestán y los Urales, y aun las del Asia Central, serán insuficientes, ya que lo son actualmente. Y necesitan la ayuda anglosajona.

Chang-Kai-Chek prepara sus fuerzas para una ofensiva contra China e Indochina.

PLAN DE ATAQUE

Wawell, Blucher, el mariscal chino y los jefes norteamericanos se inclinan de nuevo sobre el gran mapa; trazan flechas y discuten objetivos próximos. ¿Invadir el Japón?

—Si el Japón entra en la guerra, en tres meses desaparecerán definitivamente las hormigas amarillas—dijo Mr. Stimson, ministro de la Guerra

de los Estados Unidos, el 3 de diciembre del pasado año.

Hace tres meses que los japoneses iniciaron su intervención en la guerra con el asalto a Pearl Harbour. A los noventa días, el Imperio del Sol Naciente puede volver la vista sobre una de las campañas más asombrosas que se registran en los anales bélicos. Ha realizado más de cien desembarcos, ha trasladado a través de 2.000 millas de superficie marítima, y contra tres de las principales potencias navales —Inglaterra, Estados Unidos y Holanda—, más de medio millón de hombres, con todo su equipo; ha ocupado cincuenta islas y conquistado Hong-Kong y Singapur. Domina un territorio equivalente a la mitad de Europa, con una población de 104 millones de habitantes. Ha pasado de manos de los anglosajones a manos de los japoneses el 80 por 100 de la producción mundial de caucho, el 90 por 100 de la quinina, el 43 por 100 del estaño y el 3 por 100 del petróleo. He aquí, a grandes rasgos, la historia de esta campaña sin precedentes.

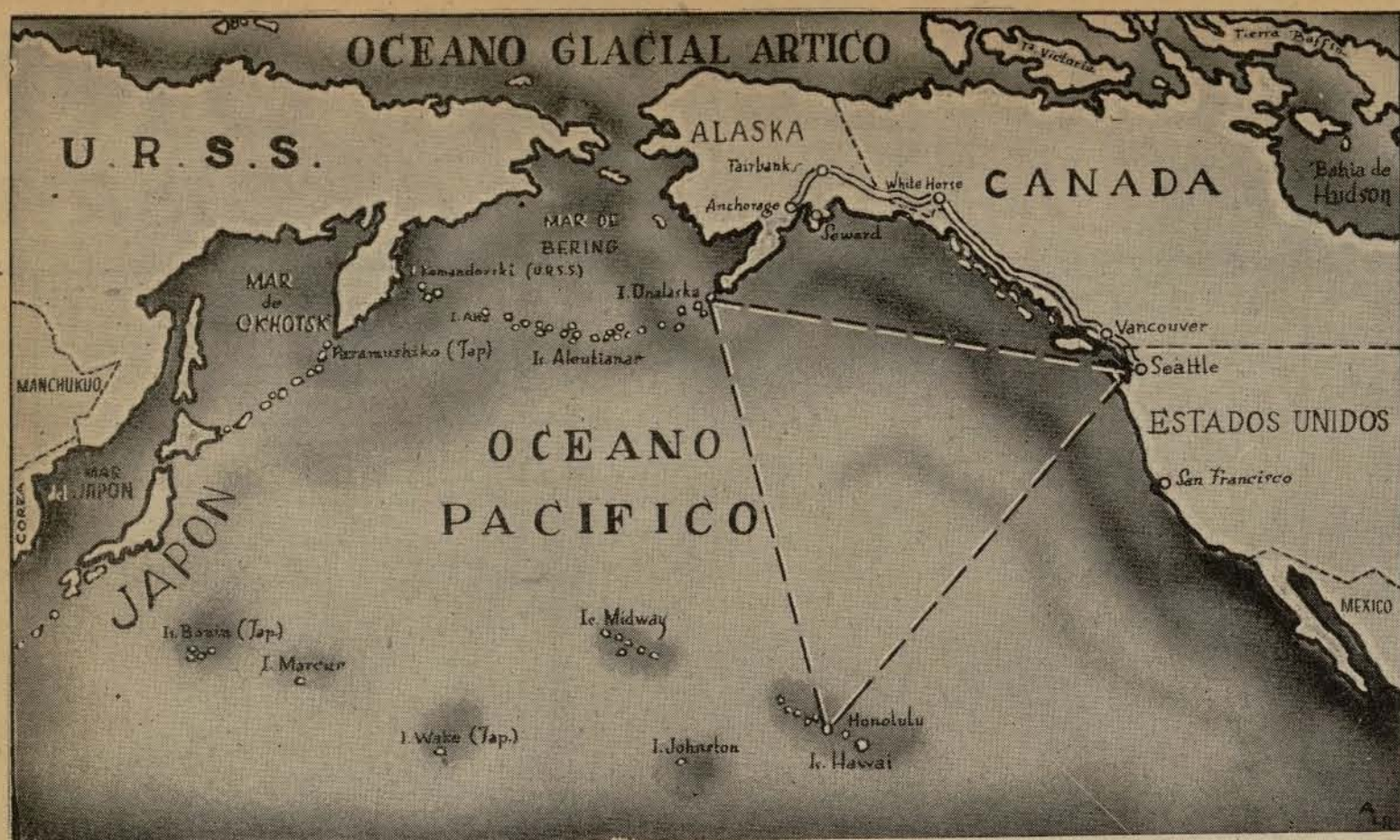
Mister Stimson se equivocó, sin duda. En la zona tropical hay unas diminutas hormigas, voracísimas, que tan pronto se pone un obstáculo en las puertas de sus guaridas, a millones surgen, atacan y devoran al intruso, sin darle tiempo para la defensa ni para la huida. Atacar a Japón es poner el pie sobre el hormiguero, y pudiera ser que las hormigas surgieran, inmediatamente, a millones.

¿Descender por las Aleutinas y por las Kuriles desde Petropavlovsk, atacar en Sajalin y por la Siberia extremo oriental y la República Mongola envolver Mongkuo y Manchukuo? Chang-Kai-Chek realizaría la ofensiva contra Wang-Ching-Wei e Indochina y Wawell atacaría Tailandia y la península de Malaca. Operaciones todas simultáneas; pero si surgiese un revés en la realización, las fuerzas japonesas ocuparían, sin resistencia, todos sus objetivos, y la guerra habría de refugiarse entonces, tan sólo, en el continente americano, perdidas ya todas las posibilidades en los demás continentes. Y la bandera nipona ondearía sobre la Gran Asia Oriental.

DOMENECH YBARRA



Las fuerzas japonesas han medido ya sus armas con las tropas soviéticas, en los incidentes ocurridos en Sajalin, con motivo de las pesquerías famosas.



Alaska, avanzadilla para la defensa del hemisferio occidental

La "heladora de Seward", como fué llamado este territorio, costó a los norteamericanos poco más de siete millones de dólares y hasta hoy se ha extraído de sus riquísimos yacimientos de oro once veces aquella cantidad

En estos momentos en que las tropas del Sol Naciente han impuesto rotundamente su hegemonía en la zona sur del Pacífico, las preocupaciones estratégicas de los Estados Unidos se dirigen, unánimes, hacia la zona norte de este mismo océano, que es preciso defender ahora a toda costa contra posibles y futuros ataques.

Sobre todo, interesa hoy a los angloamericanos la defensa de la zona ocupada por la gran península de Alaska y su prolongación: las islas Aleutinas, porque éstas constituyen, al mismo tiempo que una prolongada barrera que cierra el extremo norte del Pacífico, como un a modo de gigantesco puente entre el Viejo y el Nuevo Mundo.

ALASKA, TIERRA DESHABITADA. A LA SKA, PAIS DEL ORO

Pero antes de tratar de la importancia estratégica de esta vasta zona indicada, conviene que digamos algo acerca de su situación geográfica y de las curiosas circunstancias por las cuales pasó de manos rusas a manos yanquis.

Como nadie ignora, el territorio de Alaska (unos 1.500 kilómetros cuadrados) está situado en el extremo N. W. de América, entre el Océano Pacífico y el Glacial Ártico. Por el Oeste limita el país con el estrecho de Bering, que apenas cuenta 100 kilómetros de anchura, y cuyas aguas someras, repetimos, que más unen que separan América de Asia.

Finalmente, por el Este, corre la frontera con el dominio del Canadá, país hoy, más que nunca, al lado de Inglaterra. Alaska se compró en 1867 a Rusia en 7.200.000 dólares y su comprador, el ministro yanqui Seward, fué duramente atacado por sus conciudadanos, que, despectivamente, apellidaron a su flamante adquisición "la heladora de Seward".

Más tarde, sin embargo, la fiebre del oro llevó a las orillas del Yukón y al territorio del Klondyke a una enorme multitud de aventureros y de gentes de todas clases que, en un corto espacio de tiempo, poblaron aquella comarca hasta entonces casi desierta.

ALASKA, POSICION ESTRATEGICA DE GRAN VALOR

Desde entonces las cosas han cambiado mucho, pues los yanquis no

sólo han sacado de aquel territorio once veces más de lo que les costó, sino que, y esto es lo que más nos interesa en este artículo, muy recientemente el "Foreign Affairs" estadounidense ha declarado que Alaska era "la avanzadilla de la defensa del hemisferio occidental".

Para llegar a esta afirmación han sido precisos muy pocos años, pues ya en 1937 se habló oficialmente en Norteamérica de aumentar las guarniciones del territorio en cuestión. Entre este año y el momento actual no han cesado de aparecer en todos los periódicos yanquis informaciones acerca de Alaska, y muy recientemente fué el general William Mitchell quien declaró no sólo que Alaska era el talón de Aquiles del poderío norteamericano, sino que constituía el puerto más estratégico del Mundo.

Se basan todas estas afirmaciones en el hecho, fácilmente comprobable, de que el centro de Alaska está geográficamente muy cerca de las bases niponas, por lo cual el país podía ser un magnífico punto de partida para una ofensiva yanqui contra el Japón.

Hay que hacer constar, además, que las islas Aleutinas, que constituyen, como hemos dicho, su prolongación natural, acercan aún más el país a las mencionadas bases japonesas en el Pacífico del Norte, de las cuales la más cercana es la aeronaval de Paramushiro, que no dista más que 600 millas de Attú, la última de las Aleutinas.

Y no hablemos de la proximidad a las bases rusas, porque, de momento, la U. R. S. S. permanece fiel a los países enemigos del Eje, que las distancias que separan a las posiciones soviéticas de los puntos neurálgicos de Alaska son aún menores, ya que, por ejemplo, la isla de Komandorski, fuerte base naval roja, está sólo a 300 millas de Alaska.

Y esto sin contar con que en el estrecho de Bering y entre la mayor de las Diomedes, que es hoy rusa, hasta la menor de ellas, que forma parte del continente americano, hay una distancia que no excede de las ocho millas.

Volviendo de nuevo al Japón, añadiremos que una distancia de 600 millas, como la que hemos dicho que media entre Asia y América no puede constituir un obstáculo apreciable ni para la aviación ni para las tropas de desembarco niponas, que nos han demostrado y nos demuestran a diario de lo que son capaces.

Además, téngase en cuenta que

Alaska está muy lejos de sus bases americanas de aprovisionamiento y que la primera ciudad importante del Canadá, Seattle, dista de Attú 2.800 millas y 1.450 de Seward, punto este último situado a 2.755 de Honolulu, aun en pleno Pacífico.

Finalmente, la población del país es muy reducida, pues no cuenta más que con un total aproximado de 600.000 habitantes repartidos muy desigualmente, casi entre dos únicas ciudades (Wrangle y Juneau), en un territorio que es la quinta parte de los Estados Unidos.

LAS MEDIDAS DEFENSIVAS DE LOS ESTADOS UNIDOS

De aquí que esto nos lleve como de la mano a tratar de las medidas que la U. S. A. ha tomado últimamente para defender Alaska.

Naturalmente que estas medidas se han tomado con vistas a defender el territorio de una invasión, sobre todo aérea, lo cual no tiene nada de exagerado en nuestros días, en los que se ha demostrado plenamente el casi ilimitado poder de la aviación como medio de transporte y de combate.

En consecuencia, los Estados Unidos han despertado al fin a la realidad y han acondicionado Alaska dotándola de bases navales, aéreas y militares desde las que se podrá, en su día, dar al celeste enemigo una respuesta adecuada si intentase atacar el continente americano.

De estas bases, las navales, han sido emplazadas en número de cuatro. Una en la mencionada isla de Unalaska; otra, en Women's Bay, en la isla de Kodiak; la tercera, Sytca, en la isla de su nombre, y la cuarta, la de la isla de Attú.

En cuanto a las bases exclusivamente aéreas se construyen ya dos en Anchorage y Fairbanks, puntos ambos situados en el centro del país. Al mismo tiempo se ha tomado la medida de convertir a Alaska en vértice del nuevo triángulo estratégico del Pacífico Norte: Seattle, Honolulu, isla de Unalaska.

A este objeto, una crecida parte de los presupuestos bélicos yanquis ha sido destinada para el territorio de Alaska y se espera que no serán estas las únicas sumas que a este fin se dedique en lo sucesivo.

Ya a últimos de 1940 ascendía a cincuenta millones de dólares el presupuesto para la defensa de Alaska, y a fines de marzo del pasado año los créditos previstos se elevaban a

nada menos que setenta y cinco millones de dólares.

OBSTACULOS PARA LA DEFENSA DE ALASKA

Pero si ha sido relativamente fácil el establecimiento de diversas bases

aeronavales en Alaska, esto no quiere decir que la defensa del territorio esté con ello totalmente asegurada.

Por el contrario, son varios los obstáculos que se oponen a esta defensa. El primer inconveniente, insistimos que reside en la escasa población de Alaska, pues saltan a la vista las enormes dificultades que habría que vencer para defender un vasto territorio en el cual existen grandes extensiones ni habitadas ni guarnecidas.

Para obviar este obstáculo, el Gobierno de la Casa Blanca trata desde hace pocos años de lograr una rápida valorización económica del país, cosa que no es ciertamente irrealizable si se lograra por algún medio hallar colonos a quienes pueda convencerse del enorme interés que tiene su Gobierno en defender un territorio que sólo los habitantes del extremo septentrional de Europa serían capaces de poblar.

Por otra parte, el intentar establecer en aquellas regiones una más importante guarnición que la actual es empresa casi irrealizable aun en el país de la velocidad y del dinero para que se intente siquiera por el Alto Mando militar yanqui.

El segundo y mayor inconveniente deriva de la ausencia total de comunicaciones directas entre Alaska y los Estados Unidos. Efectivamente, si un conflicto estallara en el Pacífico septentrional sería de casi imposible realización el avituallar el país por vía aérea y naval, y esto contando con que el invierno no viniera con sus hielos a cerrar los puertos del país, sólo utilizables en primavera.

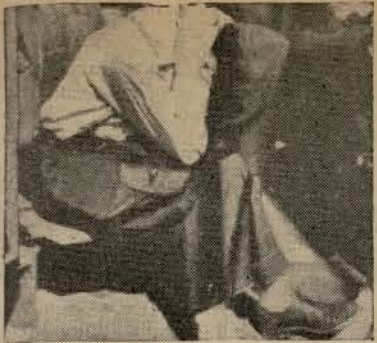
¿CUAL SERA EL PORVENIR DEL NUEVO TRIANGULO ESTRATEGICO YANQUI?

Sin embargo, el peligro arrecia por momentos y quizá no pase mucho tiempo sin que los norteamericanos se decidan a poner en ejecución sus vastos planes de reformas bélicas y hacer que sea pronto una realidad el nuevo triángulo estratégico: Unalaska-Seattle-Honolulu, que muy probablemente esté destinado a correr la misma suerte trágica que el otro triángulo estratégico del Pacífico, del que ya no queda más que un lado: el formado por las costas de Australia, ese vasto continente que descubrimos los españoles y que ni los holandeses ni los británicos supieron luego poblar.

F. R. V.



La más reciente fotografía del rey de los belgas, hecha en los jardines del castillo de Laeken, días antes de la boda del rey Leopoldo con la señorita Liliane Baels, desde entonces princesa de Retz. Alrededor del joven soberano, y de izquierda a derecha: el príncipe heredero Baudouin, de doce años de edad; Alberto, príncipe de Lieja, de diez años de edad, y la princesa Josefina Carlota, de catorce años.



Sir Stafford Cripps, ídolo popular

Una apariencia de archivero carcomido, gafas de boticario, mirada densa y clara, rostro infantil, labios finos, graves y cortantes: sir Stafford Cripps. Dicen que no se inmuta por nada, que no tiene capacidad alguna de emoción; pero dentro de la frialdad marmórea de su rostro es agresivo, hiriente y violento en la frase. Libre de vagabundeos imaginativos, aficionado a los riesgos, lector asiduo de Marx, es un espíritu artificioso y difícil para el observador.

Las multitudes son caprichosas y no tienen justificación sus arrebatos impulsivos. Ensalzan o denigran sin motivo para lo primero ni para lo segundo razón. Es el juego de las democracias, y Londres también hace y deshace a sus hombres.

A tal punto llegó la esperanza inglesa en este lord, que Churchill, amo de la opinión popular, se dio cuenta de que eran insuficientes sus habilidades oratorias para soslayar el revuelo político, y como la oposición intransigente es peligrosa, se avino a cederle un sitio en el Gabinete de guerra.

Sir Stafford Cripps tiene la típica mentalidad del abogado que adora su profesión. Es, sin duda, la figura más destacada del foro inglés, y con John Simon compartió la admiración de los Comunes como legalista. Por décimatercera vez desde la iniciación de la guerra se ha producido una crisis en el seno del Gobierno de Londres. La reciente reforma robustece la tendencia que ya se delineaba al entrar Cripps en el Gabinete. En realidad, es este extraño nuevo lord del Sello Privado quien da al recambio ministerial aire de novedad importante y atrevida. Sus minutas profesionales señalaban cifras astronómicas, y, sin embargo, despreciaba al gran capital.

—Hasta que hagamos la revolución—dijo a quien sobre esto le preguntó—, hay que vivir lo mejor que se pueda. Cuando ésta llegue será la hora del reparto equitativo.

Su procedencia aristocrática no fué obstáculo para que abrazase el socialismo, en el que trató de infundir un espíritu resuelto y audaz de radicalismo extremo. Una conmoción de asombro surgió cuando en Nottingham dijo que su partido tendría que luchar "contra la oposición del Palacio de Buckingham". Los laboristas mismos le recomendaron prudencia, menos fogosidad, y "cuando no pueda vestirse uno de piel de león, vístase de vulpeja", dijo nuestro Graciano, y el lord se comportó discretamente por algún tiempo. Después lanzó otra consigna: "Debemos utilizar la máquina democrática para la conquista del poder, y cuando lo tengamos iremos directamente a la implantación inexorable de un régimen socialista, previo un estado de excepción que nos libre de los lores y capitalistas." Procede Cripps de esa misma clase a la que quiere imponer la dictadura del proletariado. Nadie puede conocer mejor una clase para criticarla que aquel que procede de ella, dijo Goethe, y este sir del Imperio lo hace a maravilla.

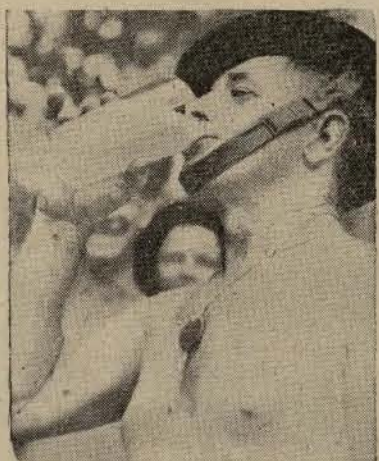
Estas veleidades políticas, que tanto alarmaron a los capitostes socialistas, tuvo un desenlace que a punto de perder al lord estuvo. En 1937 intentó unirse con los comunistas para constituir el Frente Popular inglés. El intento fracasó, y fué expulsado del partido. Desapareció de la vida política y se perdió en el anonimato. Pero Inglaterra necesitó un hombre que llegara a las habitaciones secretas del misterioso Kremlin, y recordó al que en cierta ocasión afirmó que sólo dos poderes fuertes había en el Mundo: Oriente y Occidente. El primero era Moscú; el otro, naturalmente, Inglaterra. Rusia dió el "placet", y Cripps fué nombrado embajador. Después de conferencias abortadas, conversaciones suspendidas, viajes frustrados, sir Stafford ha regresado con un pres-

tigio que no tenía. Al parecer, quiere explotar su éxito para conquistas políticas de altura y estrechar más la alianza con los soviets.

El partido laborista británico, que ha sido llevado a una situación embarazosa por la entrada de Cripps en el Gobierno, se mueve aún en el campo de la II Internacional, cuando Stafford, que actualmente no pertenece a ningún partido, fué enviado al Gabinete como paladín de la III Internacional.

Sir Stafford Cripps es hijo de lord Parmoor; nació, en 1889, en Winchester, y estudió en la University College, de Londres. En 1913 se matriculó como abogado en la capital inglesa, y durante el tiempo de ostracismo político se dedicó a viajar. Estrechó la mano de Stalin, se entrevistó con Chang-Kai-Chek, vió a Konoie, habló con Gandhi y comió con Roosevelt. Y con el prestigio que le dieron estos diálogos, volvió a su escaño de los Comunes.

El nuevo presidente de la Cámara de los Comunes conserva su apariencia de siempre y forma en un Gobierno que no representa en el poder a los grandes partidos parlamentarios.



Setenta y seis grados bajo cero, en Siberia

Al hablar de la Siberia es preciso hacer una abstracción de cuanto hemos conocido hasta la fecha. Cifras astronómicas de grados bajo cero, cuya sola pronunciación hace castañear los dientes. En la penúltima semana se generalizó en toda Europa Central y todo el continente asiático una ola de frío intensísimo, y nosotros hemos disfrutado un coletazo benigno. Como sucede lógicamente, el frío ha sido más extremado en las regiones centrales, alejadas de la influencia benéfica del mar, que siempre tiende a elevar la temperatura.

Ha sido la Siberia la que ha pagado las más duras consecuencias. La temperatura mínima se ha registrado en Verkoiansk, un pueblecito perdido entre los 96° longitud oeste y los 79° de latitud norte. Esta deliciosa villa está considerada como el polo de frío. ¡Y allí viven seres humanos! Por eso todos los horrores de las decadentes novelas rusas nos comienzan a parecer un poco menos exageradas. Porque precisamente Verkoiansk era ruta para los desterrados, tanto durante el régimen zarista como durante la actual tiranía roja. Y Verkoiansk no era la meta todavía.

En cambio, y por las mismas causas de alejamiento de los mares, los lugares de la Tierra donde se han registrado temperaturas más elevadas están en el corazón de Asia, en Persia. El record lo ha batido un lugar desértico, en el distrito de Lut, donde el termómetro ha marcado los 59° a la sombra.



¿Es una novedad la guerra química...?

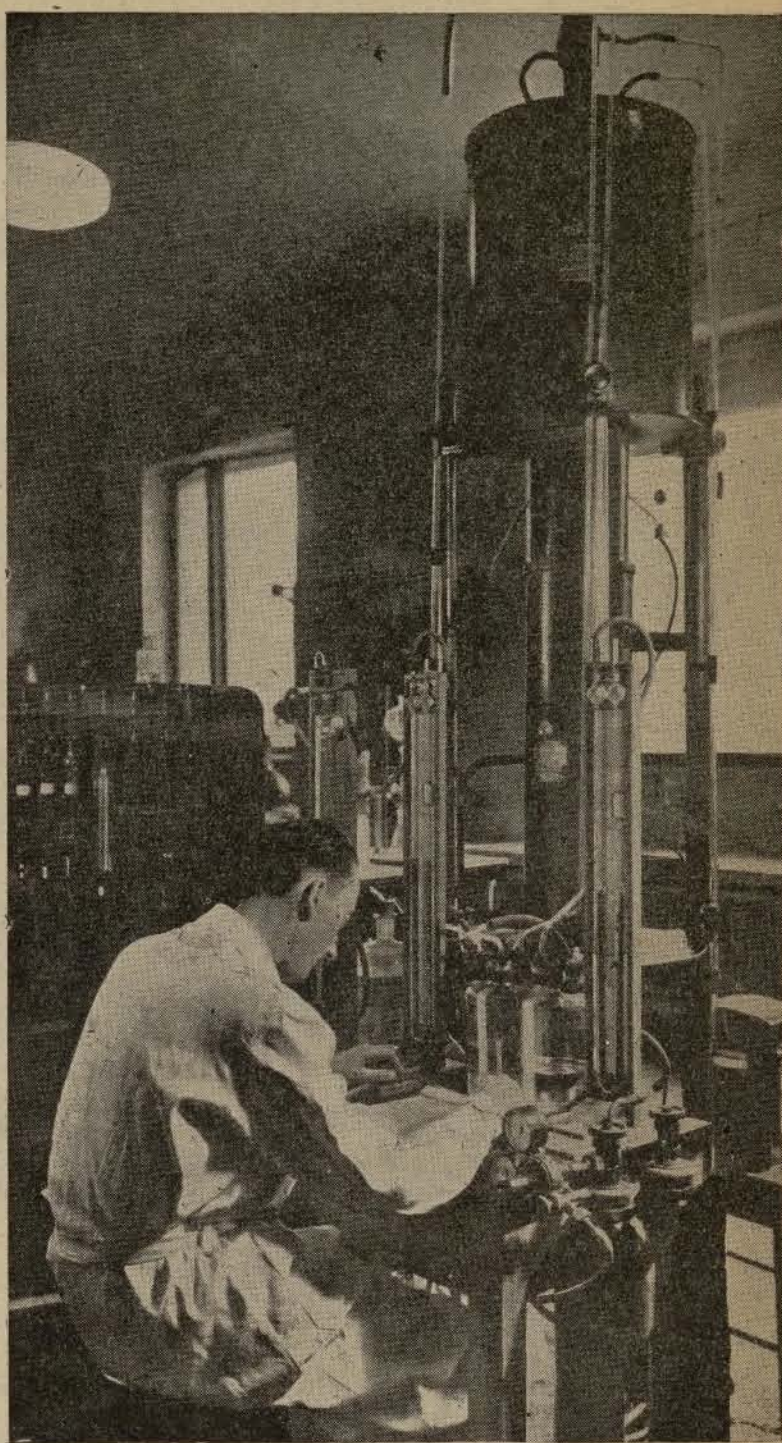
Durante la pasada guerra de 1914-18 se habló mucho del empleo de los gases como arma combativa, y actualmente, cuando el conflicto mundial adquiere su máxima extensión e interés, tornan a la palestra las posibilidades de usar este medio de combate, considerado como una de las mayores calamidades de la guerra.

Los pacifistas profesionales, secundados por novelistas fantásticos, han otorgado, desde hace cierto tiempo, tan inusitada importancia a la guerra química, nos la han descrito como algo tan fantástico e infernal, que no hemos tenido por menos que atribuir al hombre de nuestros días un cúmulo de maldades mucho mayor de las que en realidad tiene en su haber. Mas, en descargo suyo, hemos de afirmar que el empleo de los gases no es una novedad. En esto, como en todo, no hay nada nuevo, pues prescindiendo del procedimiento empleado por el hombre primitivo de ahuyentar a las fieras por medio del humo—de lo cual han sido halladas muestras precisas por los investigadores—, es a varios siglos antes de Jesucristo a donde hemos de remontarnos para encontrar los orígenes de este sistema de guerrear.

Basta hojear las páginas de la Historia para convencernos de que la guerra química fué conocida por los griegos, y que aun el lanzallamas fué empleado por los musulmanes. Además se idearon unos procedimientos de exterminio tan definitivos, que alarmaron a los mismos jefes militares, los cuales hubieran podido utilizarlos con indudable ventaja; pero de ello hablaremos más despacio.

Es en el siglo V (antes de Jesucristo) cuando los espartanos, en sus luchas con los atenienses, utilizaron gases irritantes y venenosos en los sitios de Belia y Platea. ¿Cómo produjeron estos gases? Quemando maderas impregnadas en pez y azufre. Los defensores de las murallas hubieron de abandonar éstas al quedar su acción inutilizada por los gases desprendidos de la combustión.

Plutarco, en las *Vidas paralelas*, al narrar la de Quinto Sertorio, nos da a conocer cómo éste empleó en España la guerra química. Siéndole imposible arrojar de sus posiciones a los caracitanos, pueblo que habitaba más allá del Tajo, en cuevas construidas en la montaña, y a las cuales se retiraban después de efectuar sus saqueos, se valió del siguiente medio para combatirlos. Hizo amontonar frente a las posiciones de éstos grandes cantidades de la tierra que circundaba al país, la cual era muy deleznable por su finura y se deshacía al tocarla como la ceniza. Hechos estos preparativos, comenzó a soplar al siguiente día un fuerte viento en dirección al campamento enemigo, y entonces ordenó a sus soldados remover la tierra amontonada, mientras la caballería iba de un lado a otro haciendo que se remontase al aire y se hiciese más fina. Impelida la tierra por el viento, llegaba a las cuevas del enemigo, y como éstas no tenían más respiradero que aquel sobre el que se precipitaba el viento, pronto comenzaron a quedar ciegos, y más tarde, no pudiendo respirar, hubieron de abandonar sus posiciones.



Más de una vez habremos oído hablar del "fuego griego". Se atribuye su invención a Kalinikos, en el año 660. Aunque se ha perdido su fórmula, se sabe que en su composición entraban sustancias inflamables, como la pez, la resina, el petróleo y otras, como la cal y el azufre. Al arrojar agua encima, ésta se mezclaba con la cal viva, y el calor engendrado hacía inflamarse el petróleo, tomando fuego el resto de la mezcla. Los hidrocarburos desprendidos por

bre el que se precipitaba el viento, emanación del petróleo, en particular la bencina, explotaban estruendosamente, produciendo grandes nubes de humo y residuos. El azufre, a su vez, producía gases deletéreos de gran poder asfixiante. Este fuego, difícilísimo de sofocar, fué empleado por los musulmanes contra los cristianos en la época de las Cruzadas.

Ni los lanzallamas constituyen una novedad. Los sarracenos empleaban jeringas, cuyas extremidades tenían formas de monstruos y dragones. Refieren algunas crónicas que al asaltar una ciudadela los cristianos se burlaban de los hijos del Profeta al ver que éstos les arrojaban proyectiles, que al romperse desprendían un líquido inofensivo. Mas cuando entraron en acción las antorchas entonces comprobaron con pesar que no en vano habían empleado este líquido los musulmanes, pues al contacto con las llamas de las antorchas se inflamaba, quemando todo lo que impregnaba. El líquido debía ser nafta.

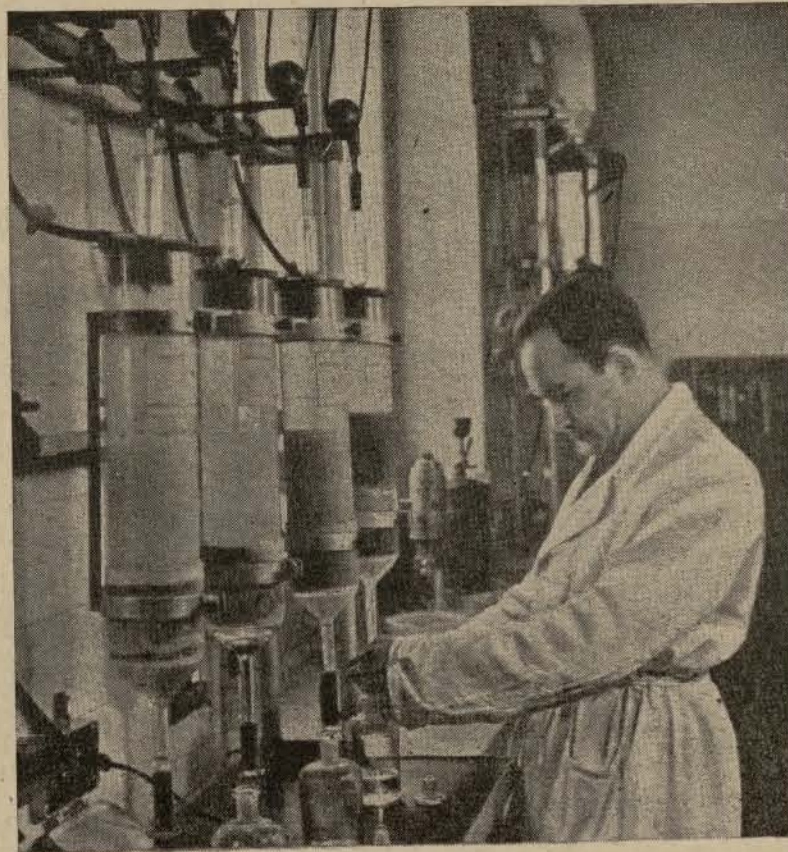
Remontándonos al siglo XVI, encontramos que, contra los hugonotes, fueron empleados humos sofocantes por el inquisidor del Delinado. Lo mismo se vió en el sitio de Amberes, cuando la sublevación de los Países Bajos.

Hubieron proposiciones de empleo de los gases, que no llegaron a llevarse a cabo. Una de ellas fué la de Juan Van Haelen, quien en 1830, en la revolución de los belgas, propuso emplear contra los holandeses bombas de incendio cargadas de vitriolo.

Más moderna aún es la del almirante inglés Dundonald, quien pensaba terminar el sitio de Sebastopol, en 1855, arrojando sobre ella humo de azufre. Esta idea, como la anterior, no llegó a tomar realidad, según indicamos anteriormente.

Como vemos, la guerra química y de gases no es una novedad en nuestros días. Una vez más viene a confirmarse el antiguo aforismo que dice "Nihil novum sub sole".

ANTONIO SANCHEZ CORTES



A black and white photograph of a man in a workshop, wearing overalls and a cap, working on a large piece of machinery, possibly a lathe or mill, with various tools and equipment visible in the background.

Ayuntamiento de Madrid

BREVE HISTORIA DE LA NOVELA POLICIACA

La novela policiaca, según hemos leído a menudo, es el libro de caballerías del siglo XX.

Y tiene sus partidarios acérrimos y sus enemigos encarnizados. Los primeros elogian su interés—"dejémoslos de clásicos aburridos"—y los segundos hablan de su truculencia—"no más crímenes espeluznantes". Mientras tanto, se escriben cientos de novelas policiacas y se venden miles; y continúa sin llegar el nuevo Quijote del género, que le ponga punto final.

Alguien llamado Gilbert Keith Chesterton, cuyo apellido empieza por C, como el del esforzado Príncipe de los Ingenios, vencedor de los libros de caballerías, intentó hace años derrocar la novela detectivesca con su lanza satírica y la armadura acorazada de la paradoja, pero inútilmente. Se repitió la fábula del cazador cazado, y así podemos disfrutar hoy de ese magnífico Padre Brown, tan delicioso y tan... policiaco.

En 1941 se ha cumplido el centenario de la novela policiaca. Entre las noticias guerreras y la inquietud de las horas en que vivimos, pasó inadvertido por completo. Nadie ha dedicado ni una breve nota a recordarnos que en abril de 1841 Edgar Poe publicó *El asesinato de la calle de la Morgue*, que fué la primera obra verdaderamente policiaca escrita en el Mundo.

Y, sin embargo, hace años existía una controversia acerca de la definición y el origen del género policiaco. Porque es muy difícil separarlo de los géneros afines.

Podemos predefinir la novela policiaca diciendo que es un problema lógico fundado en la comisión de un delito—casi siempre un asesinato—.

En cuanto al origen, unos le han puesto en un capítulo del *Zadig*, de Voltaire, y otros en una novelista inglesa, Ana Radcliffe.

El problema propuesto a *Zadig* es tan sencillo, y tan accesorio en el plan general de la novela, que igual podrían haber supuesto el principio de la novela detectivesca en aquel célebre "caso" que se puede titular *Los enigmas de la esfinge de Tebas*, que dió ocasión de lucimiento a cierto "policiaco" llamado Edipo.

En lo referente a Ana Radcliffe, hagamos observar que es un folletínista más, de misterio, entre los varios del siglo XVIII, y que, por otra parte, fué superada en grados terroríficos por el *Frankenstein* de Mary Shelley.

Nosotros opinamos que la novela policiaca nació en Poe. Leed *El misterio de Maria Roget*, *La carta robada* o *El asesinato de la calle de la Morgue*. Son tres excelentes casos policiacos, con su detective, C. August Dupin, y una técnica tan completa, que a cualquier escritor detectivesco, desde Gaboriau hasta Chesterton, pasando por Windham Martin, puede hallarse su antecedente en los tres cuentos citados de aquel norteamericano genial.

La novela policiaca no tiene prehistoria.

Sin embargo, es posible encontrarla, a modo de esbozos, en obras anteriores a Poe, porque ha oscilado siempre entre dos géneros: el folletín y la novela misteriosa, que la han encauzado como dos líneas paralelas. Y podemos afirmar que una novela detectivesca es tanto mejor cuanto más se acerque a lo misterioso, y tanto peor cuanto más folletinesca sea.

En 1866 publica Emile Gaboriau su primera obra, con lo que el folletín se hace novela policiaca—siguiendo la orientación de Ponson du Terrail en algunos tomos de *Rocambole*—.

Gaboriau es muy inferior, literaria y técnicamente, a Edgar Poe, por lo que no logra recoger la herencia de éste, y la verdadera novela policiaca sigue sin aparecer hasta 1887, en que sir Arthur Conan Doyle lanza a la vida pública y a la fama el tipo clásico del detective, Sherlock Holmes.

Durante treinta años describe las aventuras de su personaje, plasmadas en cuentos cortos, que son leídos con tal avidez, que cuando en *El problema final* se decide a matar a Holmes, surge una protesta general que le obliga a seguir escribiendo.

Conan Doyle es un hombre de gran imaginación, y sus casos, fértiles en esos pormenores tan fundamentales en la técnica de la novela policiaca, y además con la misma figura—viejo recurso del folletín—, logran popularizar el género en todo el Mundo,

convirtiéndose en "el libro de caballerías moderno".

El yerno de sir Arthur, E. W. Hornung, crea otro de los personajes de ficción más célebres: Raffles; pero falta de las cualidades imaginativas y de intriga del creador de Sherlock Holmes, relata en poco más de media docena de novelas las hazañas del ladrón elegante.

Pero tanto las aventuras de éste como las del impasible detective inglés son quizá demasiado serias, y aparece una pléyade de escritores franceses, hacia 1907, con Maurice Leblanc y Gaston Leroux a la cabeza, introduciendo el famoso "esprit" galo en la novela de detectives. Y la figura de Hornung se ve superada por ese Arsène Lupin, de Leblanc, amable, cinico y, como buen latino, alegre, cuyas aventuras creemos sean (si exceptuamos las del P. Brown) lo más ligero y agradable de todo el género.

G. K. Chesterton, el fallido Cervantes de la novela policiaca, escribe varias narraciones de notable valor literario y con un delicioso sentido del humor. Entre ellas se distinguen especialmente las del "candoroso" Padre Brown y las del imponderable Mr. Pond.

En 1926, la novela policiaca ha alcanzado su punto más alto. La técnica llegó a la perfección máxima que se podía lograr, y por eso los nuevos escritores detectivescos se limitan a fundar sus novelas—casi siempre con el mismo detective como figura central—en uno u otro de los varios recursos del género.

Edgar Wallace, profundo conocedor de los bajos fondos londinenses, por haber pasado en ellos su infancia, es, con Conan Doyle, el escritor policiaco que más ha ganado. Como su producción es muy extensa—cientos de novelas—, es también muy desigual; junto a los intrigantes finales de capítulo de *La gente terrible*, tiene las ingenuidades de *Ya lo veremos*. Se repite en escenas y personajes.

Las vistas ante la Audiencia tienen por magnífico cronista a Erle Stanley Gardner; y las pesquisas llevadas hasta su grado máximo, a F. Wills Crofts.

En la historia del género policiaco existe una lucha entre dos estilos distintos de escribir, según la nacionalidad de sus autores: franceses y anglosajones dominan la novela de detectives, alternativamente. Los primeros tienen una amenidad humorística muy atractiva: son escritores para divertir, mientras que los segundos, lógicos, argumentadores y de emoción sostenida, son para interesar.

Así, parecían agotadas ya las posibilidades de la novela policiaca, cuando—otra vez los franceses—aparece, en 1930, *El difunto M. Gallet*, de Georges Simenon. (Este, con Poe, Dostoiewski y Chesterton, constituye el cuarteto de escritores policiacos, de innegable valor literario, probado en otros sectores de la literatura.)

Simenon introdujo en el género detectivesco un nuevo elemento: el ambiente. Esa atmósfera extraña de los canales del Norte, la lluvia, la niebla... Además, su detective, el comisario Maigret, es el policiaco ficticio más próximo a la realidad.

Este escritor formó una verdadera escuela: Noel Vindry, y su juez Allou; Edouard Letailleur con sus historias, en las que interviene lo sobrenatural; S. A. Steeman, excesivamente folletinesco, pero de indudable originalidad; Pierre Véry, etc.

Al impresionismo de Simenon sucede, en 1935, el entronque con la novela psicológica: Francis Iles, inglés, renueva el género con sus obras *Premeditación* y *Complicidad*.

En cuanto empezamos a leerlas, nos parece que su primera mitad es absolutamente inútil; ni el carácter del héroe, ni la pintura del ambiente, son lo bastante interesantes para retenernos. Poco a poco, sin embargo, esta acumulación de pequeños detalles, de conversaciones inútiles, acaba por darnos una impresión de fuerte realidad, y es entonces solamente cuando aparece el tema policiaco.

En *Premeditación* sabemos quién es el criminal porque es él el autor del relato; pero el interés está en enterarnos en cómo ha montado el crimen para no ser cogido, y cómo escapa—o casi—a la Policía. Iles añade a ello la ironía, porque su asesino no es inquietado por su falta, pero le condenan por un crimen que no ha cometido.

En 1939 aparece en Nueva York el—según nuestras noticias—último avance del género policiaco. Se trata de una obra presentada por Denis

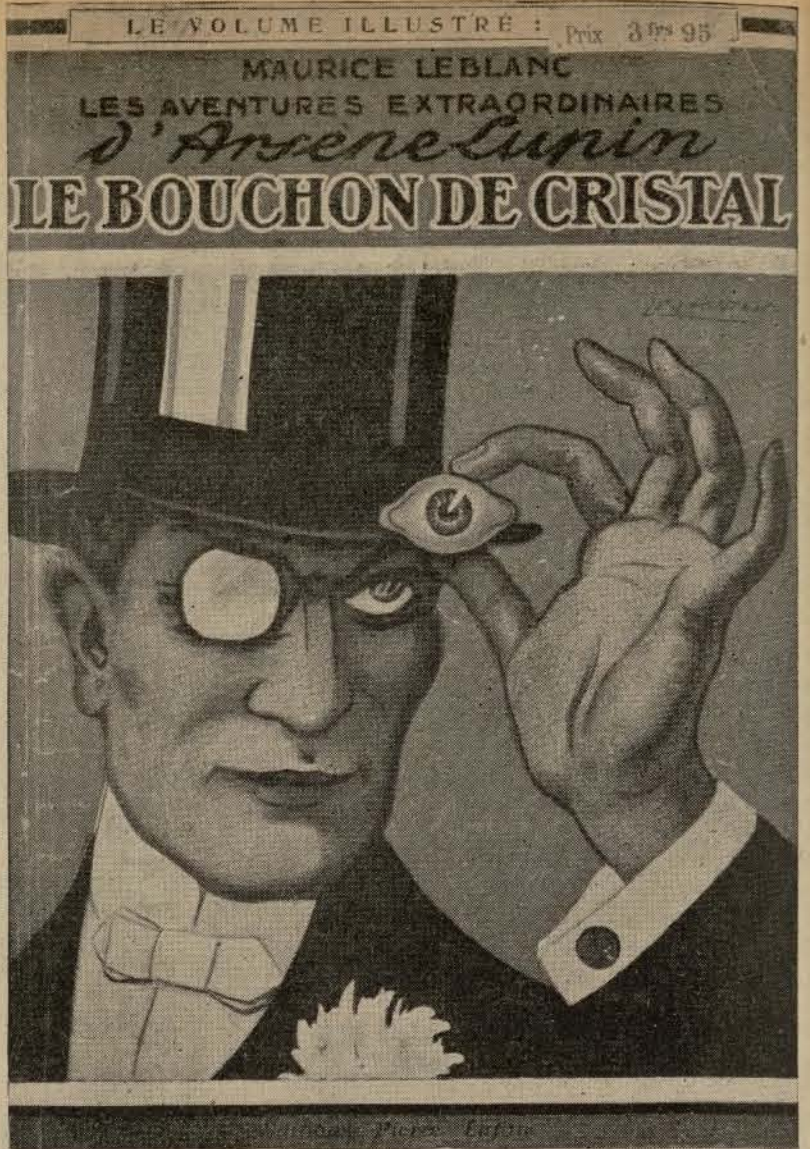
Wheatley con el título de *Crimen fuera de Miami*, y planeada por J. G. Links. No es una novela propiamente dicha, sino un legajo tal como se conservan en los archivos de la Policía.

Abrimos el voluminoso cartapacio sujeto con grapas y nos encontramos un telegrama—con el clásico papel amarillo de la "Western Union"—, en el que el capitán de un yate que está en aguas de Miami da cuenta a la Policía de que ha desaparecido un pasajero. Después, escrita a mano (impreso, naturalmente), la orden del jefe de la Policía a un subteniente para que se encargue del caso. Luego, muchos papeles de distintos tamaños, casi siempre escritos a máquina, en los que se registran las declaraciones de los complicados en el caso y los informes del detective investigador a su jefe, con las pruebas encontradas dentro de unos sobrecitos de papel transparente.

Con esta última y original derivación de la novela policiaca terminamos nuestra historia. Observemos cómo, a pesar de las derivaciones, seguimos en el punto de partida: en Edgar Poe.

Y ahora, si sois enemigos de la novela policiaca, renegad una vez más de sus inverosimilitudes y truculencias, y si defensores, divertiros leyendo policiacas—o policiales, como dicen los hispanoamericanos—, que son, en general, un entretenimiento muy agradable para alternarlo con lecturas serias.

GUILLERMO ORTIZ GARCÍA



La última aventura de Guy de Maupassant

Es de todos sabida la triste existencia del célebre escritor francés, que terminó sus días agobiado por una extraña locura, que le hacía creer víctima de espantosas persecuciones. Hasta ahora los síntomas de su extravío mental se fundaban en algunos datos entresacados de la correspondencia de Guy de Maupassant con Gustavo Flaubert. Pero se ha dado un considerable avance merced a los trabajos de Pedro Borel, que ha descubierto cuatro cartas del desdichado escritor dirigidas a Gisela d'E..., su última amante.

La primera de dichas cartas coincide con la iniciación de su manía persecutoria. En ese tiempo todavía no había adquirido la manía caracteres alarmantes, y se reducía a pensar que un individuo se hacía pasar por él mismo para cometer toda clase de desaguisados en su nombre. Interpretaba las cartas recibidas de manera singular, y en la que reproducimos se da una muestra de su espíritu torturado, que así contestaba a un billete amoroso:

Martes.

Queridísima amiga:

Me atribuis demasiado ligeramente propósitos singulares. La verdad es que no he tenido más remedio que pasar ocho días en Normandía, retenido por asuntos familiares. No pudiendo veros, esperaba una ocasión propicia para escribirlos, y cuando estaba a punto de decidirme, un nuevo anónimo ha venido a exasperarme otra vez.

Puesto que de ello no podía acusaros sino a vos (la cosa no tenía otra finalidad), he observado el mayor silencio, prefiriéndolo a una explicación enojosa, en la cual no habría logrado, tal vez, conservar toda mi sangre fría. Aquella carta estaba firmada por "Pluc" y "Un grupo de estudiantes". Ya sabéis a qué me refiero.

Tengo muchos defectos, y si puede considerarse como tal, el mayor es el de obrar, sobre todo, con la cara descubierta. De aquí mi instintiva repulsión por los anónimos.

Si por casualidad me hubiese engañado, os daré excusas de rodillas, aunque seguro estoy de que las rehusaréis. Desgraciadamente, no conservo ninguna duda, porque de lo contrario no os hubiera contado el hecho al cual alude mi carta. Este incidente me ha causado mucho mal. ¿Quién tiene la culpa?

Beso vuestras manos.—Guy de Maupassant.

Gisela pudo probar que no había tenido nada que ver con la ridícula imputación del escritor. La contestación de la amante es áspera y acre.

Al billete de la dama ofendida responde el autor de Bel Ami:

Querida señora:

A pesar de vuestros deseos, insisto en lograr una entrevista. Desde el momento en que ha quedado demostrado que el anónimo no partió de vuestra mano, puedo deciros a quién iba dirigido, pudiendo convencerlos de que yo habría cometido fácilmente el error que me achacáis. La carta no tenía más que alusiones indirectas a las cosas de amor, pero me ha perjudicado mucho cerca de un crítico influyente del que esperaba mucho.

Os aseguro que la irritación que el uno contra el otro tenemos desaparecerá después de nuestra entrevista. De todas maneras, no creo haber dicho nada que pudiera ofenderos, si quiera fuese ligeramente.

No estaré en la "Maisons" el sábado. Si queréis podemos encontrarnos el viernes o el domingo o el lunes.

Beso vuestra mano.—Guy de Maupassant.

Gisela, resentida, no acudió a la cita. Su amante la escribe esta carta:

Menton, 14 de mayo.

Me tacháis de bufón, de miserable, de bellaco, de ladrón, etc., porque... porque... he estado dos meses sin veros y sin escribirlos.

¿Qué queréis, si yo soy así? Con mis mejores amigos me comporto de igual forma, sufriendo eclipses por tiempo parecido. No puedo cambiar mi propia naturaleza. Los que se encolerizan conmigo por este motivo demuestran simplemente que su carácter no podrá concordarse jamás con el mío. Ese es vuestro caso, que no se agiene con la grandeza de ideas, amabilidad e ilimitada indulgencia por ambas partes. Otra cosa me resulta insostenible. Vos estabais advertida de ello. ¿De qué os lamentáis? ¿Os he cercado, seguido, solicitado o perseguido alguna vez? Fuisteis vos la que vinisteis a mí (me place recordar esta circunstancia, que contribuye a aclarar nuestra recíproca situación).

Ahora, para evitar cualquier otra falsa interpretación, tengo cuidado en deciros brutalmente lo que pienso de nuestro amor. Yo no he insistido en reconquistaros cuando habéis estado tanto tiempo sin responderme. Después os habéis decidido de nuevo. ¿Qué podéis reprocharme? ¿Os he engañado? ¿He hecho promesa alguna? ¿He intentado haceros ver las cosas de otra forma que como son? Os engañáis vos misma. Recordad que un día, en Sartroville, diciéndoos que era impotente para conservar amistad con una dama cuando la

vanidad femenina la hacía exasperante, me contestasteis: "Cuando se deja de amar a un hombre no puede ni oírse hablar de él. Resulta odioso. O el amor o nada." Ahora, queda un hombre dos meses sin escribir, y resulta un monstruo.

Y por último, señora. Si deseáis saber por qué no os he escrito, os lo diré: durante el transcurso de las últimas tres semanas he tenido muchísimo que hacer, y me ha sido imposible proponeros una cita. Los hombres tienen otras muchas preocupaciones en la cabeza que el Amor, y no siempre son libres. Entonces, una mañana, recibo una carta vuestra. No era, en verdad, una auténtica misiva desagradable, pero estaba concebida en estos términos: "Entregad al portador los objetos siguientes: ... Y preparad los otros..."

Llévate con ello una sorpresa dolorosa, me irrité, pero comprendo que toda relación entre nosotros no puede terminar de otra forma; y ante una manera de reaccionar como la vuestra, que, permitidme os lo diga, no es de nuestro mundo, he creído inútil responder en un sentido o en otro.

Guy ha pasado junto a Gisela horas inolvidables, y no obstante la dureza de esta carta, que parecía implicar un rompimiento absoluto entre los amantes, de la sensación de que la dama en cuestión no le era completamente indiferente, porque apenas de regreso a París intenta una nueva reanudación de la amistad, escribiéndole esta última carta.

Sartroville.

Madamé:

Acabo de llegar de Etretat. Estaré en París el miércoles. ¿Es demasiado tarde para intentar restituirlos cuanto de vos queda en esta casa? No tengo tiempo hoy para escribirlos más largamente. Si deseáis hablar conmigo, me consideraría muy feliz. Escribir se me hace muy pesado y fastidioso. ¿Es posible que sintáis una invencible repugnancia por un nuevo encuentro?

Permitidme que os bese, otra vez, vuestra linda mano.—Maupassant.

La entrevista tuvo lugar. Gisela encontró a su amante pálido y abatido. Maupassant le mostró los objetos que aún guardaba. Delante de aquel ser enfermo, Gisela deseaba cogerlo entre sus brazos, sentir en su regazo de mujer fuerte toda la debilidad de un hombre vencido. Pero Maupassant es orgulloso y no tolera la piedad. Mete en una cesta cuanto pudo pertenecer a Gisela, y, como el día de su primer encuentro, apresa la mano de ella y estampa un beso.

LADRONES EN LOS MUSEOS DE ESPAÑA

Las obras de arte también despiertan la codicia humana

LA ARQUETA DE ABDERRAMAN, EL TESORO DEL DELFIN Y LA ESPADA DE PERAL



Maravilloso cuadro de El Greco, que se admira en el Museo de Pinturas.

La fortuna incalculable que España posee en joyas, cuadros y porcelanas despierta la codicia del hombre, y en el interior de las suntuosas mansiones donde se conserva la riqueza entre vigilantes y cerrojos, el hombre ha penetrado para robar, valiéndose de los medios más inverosímiles. Veamos cómo se guardan los tesoros y de qué manera están al alcance de la mano del delincuente.

El Museo Arqueológico Nacional es muy poco conocido de los españoles, por desgracia para la cultura; pero los ladrones están bien enterados de lo que en él se conserva, aunque algunas veces no dieron pruebas de mucha pericia en el arte de tasar el valor de los objetos. El valor de lo que allí se encierra puede calcularse en unos 500 millones de pesetas. Claro que la cifra es aproximada, porque las cosas de los museos tienen un valor subjetivo. El placer de guardar un báculo de plata sobredorada y esmaltes, que perteneció al antipapa Pedro de Luna, no se puede tasar en monedas.

El Museo Arqueológico fué creado por decreto de 18 de marzo de 1867, e instalado en el antiguo real sitio del Casino, finca que años antes había regalado el Ayuntamiento a la reina doña María Isabel de Braganza, al contraer matrimonio con Fernando VII. Cuando se terminaron las obras del Palacio de Bibliotecas y Museos, se trasladó al nuevo inmueble. Hoy el Museo se halla organizado científicamente en secciones, cuya distribución obedece a un orden cronológico, para que su visita sea una lección continuada de Historia, que empieza en los tiempos prehistóricos, prosigue en la Edad Media y concluye en la Edad Moderna.

El primer robo notable que se apreció en el Museo Arqueológico fué el de unos marfiles de autenticidad dudosa. Las miradas de los ladrones enfocaron un armario que contiene una arqueta de marfil hispanomahometana, con profusa labor de relieves figurando hojas, aves y gacelas, y en el borde de la tapa una leyenda en caracteres cúficos, en la que se lee que el joyero se mandó construir el año 964 para la madre de Abderramán. Encierra también el armario una arqueta de marfil con inscripción policromada; una arqueta de taracea, de arte granadino del siglo xv, y una caja de perfumes de latón dorado, con leyenda cursiva, del siglo xiii. Esto es lo que pensaban llevarse los ladrones, y lo que confundieron, para su desdicha, con los marfiles dudosos. En otra ocasión robaron unas figuras de bronce, que se encontraron en el Museo de París, y que Francia nos devolvió mediante el pago de lo que dieron por ellas. Pero el robo más famoso en este Museo consistió en la sustracción de unos ídolos y bronces de primera calidad, que se vendieron a un Museo francés; allí el ilustre Salvador Reinach descubrió la procedencia y los entregó a España. Todo se ha ido recuperando gracias a las pesquisas policíacas y a que las joyas de los Museos tienen "mala salida".

Los cuidados de custodia están en el Museo Arqueológico encomendados a los porteros y vigilantes de sala. Ellos conocen a los habituales del Museo y a los investigadores que vienen a trabajar. Cuando alguien les infunde sospechas no le dejan solo un momento. Repetimos que esta clase de robos son, por una parte, muy difíciles; por otra, producen poco. Lanzar al mercado la pieza del delito es tarea de resultados casi siempre negativos. Los que no son profesionales del Arte no la compran, porque ignoran su mérito; y los empleados las rechazan porque conocen

bastante bien los catálogos para diagnosticar la procedencia ilegal del objeto. Los visitantes más peligrosos nos dicen que son los que vienen cargados de cartas para que se les deje investigar por su cuenta. Su trabajo arqueológico puede ser una máscara que oculte la verdadera intención.

LOS TÍMBRES DE ALARMA DEL MUSEO DEL PRADO

En septiembre de 1918 ocurrió el robo más importante en nuestra Pinacoteca Nacional: el tesoro del Delfín. En 1839 se entregaron en depósito al entonces director, don José Madrazo, las alhajas que Felipe V heredó de su padre, el Delfín de Francia. Estas joyas se guardaban antes en los dominios del pintor Domingo Sanni, conserje y aposentador de Palacio. En 1914 fueron encerradas en una vitrina de seguridad que el duque de Alba mandó traer de París. La vitrina es una caja de cristal con tirantes de hierro, de tres metros de larga por noventa centímetros de ancha, y se colocó sobre una mesa de tallas valiosas. En su interior hay una plancha de cristal con pies de hierro, en cuyo tablero figuran veinticinco piezas de ágata y ricos metales, exornados con esmaltes y piedras preciosas. Debajo, sobre fondo de terciopelo, se guardan ánforas, fuentes, copas y esenciers cuajados de pedrería. El valor intrínseco de lo robado era superior a dos millones de pesetas. Los ladrones del Tesoro del Delfín no emplearon precipitaciones para consu-

mar su propósito; todas las mañanas aparecían en perfecto orden los cachivaches de la vitrina. El robo se verificó en varias fechas, y los autores cuidaron bien de espaciar los objetos restantes para que, sólo en caso de rectificación de inventario, pudiera comprobarse la falta de tres copas de cristal de Bohemia y unas ánforas estilo Luis XIV, que era lo desaparecido. A los ladrones le interesaban solamente los adornos y filigranas de oro que los objetos lucían, y todo fué hallado en casa de un anticuario y en una platería de la plaza de Santa Cruz. Lo habían adquirido inocentemente y lo entregaron cuando la Prensa dió la voz de haberse descubierto el robo.

Del Museo de Pinturas desapareció en otra ocasión un cuadro de Murillo titulado "Santa Ana dando lección a la Virgen". Su autor lo había pintado pocos años antes de su muerte, allá por 1676. Con este lienzo ocurrieron cosas notables. Como siempre que sucede un hecho de esta categoría, se cursaron avisos internacionales para que si estaba en poder de alguna persona decente lo devolviese al Museo. Y se recibió un escrito del director de la Pinacoteca de Pau, en el que daba cuenta al Gobierno de España de haber sido él quien había comprado el cuadro de Murillo. Con tranquilidad se entablaron negociaciones para el rescate, y aquel señor dijo que si le abonaban la cantidad desembolsada por el lienzo estaba dispuesto a restituirle. Los gobernantes de entonces no quisieron gastarse el dinero, y el cuadro estuvo algunos meses en Pau.

Diferentes medidas de defensa con-

tra los atentados artísticos se han instalado en el Museo de Pinturas de Madrid. En primer lugar, las puertecillas metálicas para entrar y salir del edificio. Se trata de unos aparatos giratorios contadores del número de personas que entran y salen de la casa, de modo que al finalizar las horas de visita se sabe si algún individuo quedó en el interior. Por regiones ocultas de las paredes hay colocados una serie de timbres, cuyas campanas están en las puertas; si algo anormal se descubre, las salidas se cierran, en evitación de que huya el causante de la alarma. La tercera medida defensiva consiste en la prohibición de copiar los cuadros en las mismas dimensiones del original. Tal orden fué dictada con motivo de que un copista reprodujo un cuadro del Greco a idéntico tamaño que el artista cretense lo pintara. Meses más tarde denunciaron a la Aduana que se iba a sacar un "greco" para trasladarlo a Norteamérica; y luego lo vendieron en aquel país con el documento de autenticidad expedido en la frontera española.

LA ESPADA DE ISAAC PERAL Y LA CARTA MARITIMA, VALORADA EN SEIS MILLONES

Tras de la puerta churrigueresca del antiguo Hospicio de Madrid se halla instalado el Museo Municipal. A él acudía un visitante contumaz, que menudeaba sus "estudios" hasta el extremo de hacerse amigo de los vigilantes. Unas veces pedía explicaciones sobre los objetos, otras fumaba cigarrillos con los celadores, y

siempre el saludo cortés para cuantos le veían en las salas. Cercano el día en que cometió el robo, realizaba las visitas con dos individuos que allí simulaban no conocerse; su misión era entretener a los vigilantes con preguntas pintorescas. Y una mañana "dió el golpe", haciendo desaparecer un joyero de porcelana, perteneciente a la colección de la fábrica del Retiro, que tasándole muy alto podría valer setenta y cinco pesetas; una insignificancia al lado de lo que pudo robar, ya que junto al joyero había un grupo escultórico, en porcelana también, titulado "Piedad", que vale medio millón de pesetas.

Hasta ahora, los ladrones de Museos han sido unos ingenuos. Podríamos citar muchos casos que así lo certifican. Por ejemplo: en el Museo Naval robaron cierto día la espada que perteneció a Isaac Peral, de gran mérito por este hecho y por habérsela regalado la reina. El individuo que la cogió se fué con ella al Rastro, y en un puesto se la compraron por dos pesetas. Era una hoja de acero que no valía más. También del mismo edificio desapareció la carta marítima de Juan de la Cosa, trazada sobre pergamino y valorada como pieza histórica en seis millones de pesetas. Tampoco de este papel pudo sacar producto el usurpador. Por aquel "papelote" nadie le daba nada. Es como si un hábil desaprensivo pudiera apoderarse del traje de luces del torero Paquiro, que se conserva en el Museo Municipal. ¿Qué iban a darle por un traje de luces que está hecho unos zorros? Y en cuanto dijese que es la taleguilla de Paquiro, caía en poder de la Policía.

UNA COLECCION DE CRANEOS UNICA EN EL MUNDO

No se ha escapado el Museo Antropológico de la codicia de los ladrones. Unos cacharritos egipcios y un puñal japonés fueron las piezas en que fijaron su atención los malhechores. Tampoco económicamente valían nada los objetos desaparecidos; acaso un valor de pura curiosidad.

Hace falta mucha sangre fría para cometer un delito en el Museo Antropológico. Momias por un lado, cabezas reducidas por otro, calaveras que gritan nuestro porvenir por todas partes. Las momias son los verdaderos vigilantes de este recinto, donde el gigante extremeño juega al fútbol con esa colección de cráneos única en el Mundo, que el doctor Barras de Aragón exhibe con tanto orgullo. En el preciado grupo de calaveras se pueden estudiar todas las formas del desarrollo cefálico, desde el mono antropoide hasta el hombre. ¿Qué iba a hacer un ladrón con la riqueza de este Museo, aunque consiguiese robar esos cuarenta cráneos, de incalculable mérito? Cuando entró uno, optó por el puñal japonés y los cacharritos egipcios. Era más cómodo de llevar y menos macabro para tenerlo en casa.

Después de leer esta información, en la que se pone de manifiesto el fracaso de esta clase de atentados artísticos, suponemos que a nadie se le ocurrirá apoderarse del cuadro de "Las Meninas" ni de un ídolo fenicio. Los resultados son deplorables. Lo que en el Museo vale miles de duros, en la calle se cotiza menos que unos guantes de segunda mano. Tenemos la seguridad de que cuantos delincuentes intervinieron en estas raterías históricas están hoy arrepentidos de aquel tiempo que malgastaron, y que en una simple plataforma de tranvía les hubiese dado más pingües beneficios.

ANGULO

Alfredo Mayo recibe a diario más de un centenar de cartas

El sufrir un desmayo, al contemplar una operación quirúrgica, le obligó a dedicarse al cine

DE ESTUDIANTE DE MEDICINA A HEROE DE LA AVIACION EN EL FRENTE DE MADRID

Una ilusión grandiosa y una realidad traidora: "Sarasate"

Cuando las apariencias obligan a pensar que lo imposible ha de enseñorearse de nuestras diligencias, la voluntad, artífice insospechado de mayúsculos hechos, da en crear para su servicio la más inverosímil cuña de la posibilidad. Es eso que la gente dice, ante lo que no se puede, "hacer un poder de paja". Cuando me encargaron a mí esta entrevista con Alfredo Mayo, el máximo galán de las admiraciones nacionales, él estaba muy lejos de aquí, en África, precisamente terminando de interpretar su papel en la película "¡A mí la Legión!". Unas visitas y unos telefonazos a su domicilio, lejos de asegurarme la probabilidad de enfrentarme con él, me pusieron de manifiesto las circunstancias por las que, en

No obstante lo atildado de su figura y su cuidado personal, en estos momentos no se adivina en él al actor de las sombras iluminadas. Es rubio y sanguíneo. Sus ojos, verdes, parecen pedir un sueño confortador. Toda esa belleza tan impresionante para el ánimo romántico de nuestras muchachas, tiene ahora la sordina del cansancio. De todas maneras, en conjunto, sus posturas irradian una sencilla elegancia y un estilo cinematográfico ferozmente subidos de tono. La unanimidad de las admiraciones femeninas no podía ser errónea. Alfredo Mayo—gran tipo, gran rostro, gran artista—es el verdadero triunfador; el varón de los éxitos filmicos.

Bajamos las escaleras de su casa,

En todo momento nos prestaron su solícita y aprovechable ayuda. Desde su jefe, coronel Castejón, hasta el último soldado, se pusieron a nuestra entera disposición. Siendo igualmente de citar la colaboración prestada por el gobernador militar de Ceuta, general Alcubilla, quien rivalizó en entusiasmo y favores con las tropas a sus órdenes.

Esto me recuerda la gran labor militar realizada por Mayo en la Cruzada española. Esta le sorprende en Portugal. Pasa inmediatamente a la entonces zona nacional para aumentar con su aportación el número de combatientes. Sus estudios y su valentía le hacen acreedor al nombramiento de teniente de Aviación. Como observador toma parte en infini-



Así, apoyado el codo sobre la pierna cruzada y con la mirada perdida en lejanía, un poco filosófico y un mucho despreocupado, Alfredo Mayo—popularísimo astro del firmamento cinematográfico español—parece pensar si será cierta toda esa belleza que unánime y fervorosamente le atribuyen las mujeres. Y él, modesto y antidonjuan, cree que por encima de esos presuntos dones de que fuera agraciado por la Naturaleza, descuelga el rendimiento múltiple de un arte tan complejo, colosal y enorme que se llama cinematografía.



Sarasate revive su magnífico perfil de virtuoso genial en este primer plano cumbre que interpreta Alfredo Mayo y que le ha valido el título de idolo de las mujeres. Tras la figura graciosamente exacta, el arte de Enrique Iniesta presta vida musical al cuadro.

bastante tiempo, yo no podría hablar con el celebrado artista de la pantalla. ¿Qué hacer?... Definitivamente, la información encargada. ¿Cuándo?... No podría precisarlo. Por todas partes me aseguraban: "Cosa difícil hablar con Mayo. De pasar por Madrid, será horas, que aprovechará para descansar en su viaje hacia Barcelona." Su madre, por otra parte, indicándome la escasez de tiempo de que dispondría el hijo y el cúmulo de obligaciones que polarizan su atención en diversos puntos, me dió pocas esperanzas... Y lo insospechado, cautivo mi espíritu hasta poder ofender al catálogo de mis aventuras reporteriles una información hecha auténticamente sobre la marcha. Me entero rápidamente que Alfredo Mayo llegó a la capital de España. Me desplazo a su domicilio. Le abordo. Y rápido, gentil, obsequioso de su popularidad y caballerescamente amable, me invita:

—En este momento tengo que salir. Comprendo justificadamente su misión. ¿Le parece acompañarme? Tomaremos un "taxi"... Así iremos hablando. ¡Tengo tantas cosas que hacer y dispongo de tan poco tiempo! Vine esta mañana y marché ahora, por la tarde, dentro de unas horas...

—Encantado, Mayo. Gustosísimo. Si espera usted hacer su traslado a la Productora en "taxi", confío en que dejaré pocas cosas que poner en la entrevista. ¿Quizá la termine antes de que lo tomemos!—exclamé irónico.

Mi interlocutor me pone una cara "feroce", de circunstancias, que le va muy mal. Está fatigado del viaje.

que hace esquina de las calles Ibiza y Narváez. Y mientras el "taxi" se hace esperar, erigido un poco en protector de mi oficio, me comienza a hablar Alfredo Mayo (como curiosidad, diré que sus verdaderos apellidos son Hernández Martínez).

—Quería haber venido hace unas semanas. Pero el tiempo ha estado fastidiado, muy metido en lluvias; ha obstaculizado la labor del rodaje. ¡Qué deliciosos días he pasado en África! Ratos agradabilísimos, que no olvidaré nunca. Si no hubiera sido por mi imperativa urgencia de personarme en Barcelona para comenzar a rodar *Malvaloca*, la adaptación cinematográfica de la popular obra de los Quinteros, no hubiera venido tan pronto...

—¿Tal vez el hechizo de unos ojos árabes?...—inquiero.

La pregunta, que de puro broma no tiene vigor para ser capciosa, se pierde en el vacío. Yo creo que ha ido a posarse, oportuna, sobre la contraportada del número de *Primer plano* de esta semana, donde aparece su efígie junto a la de Amparito Rivelles Ladrón de Guevara. (En el extranjero, lectores, se puede escribir sobre los artistas verdaderas toneladas de literatura sentimental en torno a figuras y hechos ciertos o no ciertos. Pero en España los artistas no gustan casi nunca que se hable de sus verdaderos amores...; chitón, pues.)

—¿Y qué tal el trabajo de la película última?

—He de subrayar en primer lugar las atenciones y facilidades que hemos recibido por parte de todos, en especial por los heroicos legionarios.

tas acciones. Dos heridas y varias distinciones prueban su valioso y valeroso comportamiento.

—¿Qué episodios hay más interesantes de entonces, Alfredo?

—Son muchos... Pero el que dejó más dura huella en mí; más propiamente, la mayor impresión que tuve durante la campaña, al ser designado como oficial del arma Aérea en el aeródromo de Getafe, era la de ver todos los días Madrid tan cerca... ¡y no poder entrar! Solamente de pensar que tenía a mi familia a tan escasa distancia y no la podía ver, ¡me entraba una pena! No encontraba otro consuelo que subirme todas las mañanas a la torre de mando del aeródromo y, ayudado de unos gemelos, no perder de vista mi casa, que contemplaba perfectamente.

—¿A qué obedeció el dedicarse al cine?—pregunto.

—Toda mi ilusión consistía en cerciorarme de que yo valdría para médico, ya que no las tenía todas conmigo. Es proverbial la impresión que causan las primeras veces todo lo referente a operaciones. Un buen día me fui muy decidido a un quirófano donde operaban a una señora de la garganta. Me metí en la sala y tal fué el efecto que me produjo la escena, que a los pocos momentos estaba mareado, llegando al desmayo y teniendo que sacarme de allí los compañeros. En resumen, que yo no quitaría la gloria a Hipócrates. ¡Tranquilo puede estar, por mi parte, en el famoso lugar que ocupa en la Historia de la Medicina!

Llega, por fin, un coche. Montamos en él. Y mientras huye, veloz, hacia

el casco de la urbe, la conversación sigue su curso. Le interrogo nuevamente:

—¿Cuántas películas lleva interpretadas hasta ahora?

—Vamos a contarlas. Verá usted. Recién salido de la compañía teatral de Vilches, éste me introdujo en el cine con *El 113*. En Portugal, hice una histórica titulada *Las tres gracias*, dos. *La florista de la reina*, tres; *Harka*, dirigida por Carlos Arévalo, cuatro; *Escuadrilla*, cinco; *Raza*, seis, y *Sarasate*, siete.

—Hábleme de *Sarasate*. Es la película, quizá, con la que actor del cine alguno haya conquistado más corazones femeninos. Yo, que soy hombre que vibra con el medio de la calle, doy fe de ello.

—¿Es posible?—pregunta entre sorprendido y extrañado el modesto astro de la pantalla—. Porque le advertiré a usted que el recibir más de cien cartas diarias, como a mí me sucede ahora, no le doy más importancia que la existencia de simpáticos admiradores que tienen pocas ocupaciones. Algunas, son declaraciones de amor. Pero, ¡vamos!, hasta donde es sincera la carta de una admiradora, que quiere tener un retrato de uno en su colección de aficionada al Séptimo Arte... De *Sarasate* sólo le diré que la ilusión con que preparé la interpretación del célebre violinista pamplonés quedó muy por debajo ante la decepción

que me llevé al verme en la pantalla y ver que no era lo que yo había imaginado.

—¿Qué papeles prefiere interpretar?

—Los que lleven emparejada una recia personalidad. En modo alguno me agrada la interpretación de "galancetes", como con despectivo modo se dice en el "argot" profesional.

—Aparte su trabajo, ¿qué ocupaciones absorben su vida?

—La lectura, el deporte, los viajes y el amor. Como dato deportivo, le diré que fui campeón de rugby en España el año 1934, jugando con el Madrid F. C.

Y el "taxi" ha llegado a su lugar de destino. De este modo, esta entrevista encuentra su epílogo. El tiempo y la velocidad me han hecho, conjurándose, una solemne traición. La diestra mundana de Alfredo Mayo, esbozando una sonrisa amable, pone una orla de simpatía a la información. El gran artista, dentro de breves espacios de tiempo, se dirigirá hacia su patria chica. Y recordará con agrado su adolescencia florida, cuando—las manos en los bolsillos y la cartera bajo el brazo—cursaba el Bachillerato en el Instituto Balmes, y alegraba sus horas escolares con el ensueño de las últimas películas admiradas...

José ALTABELLA

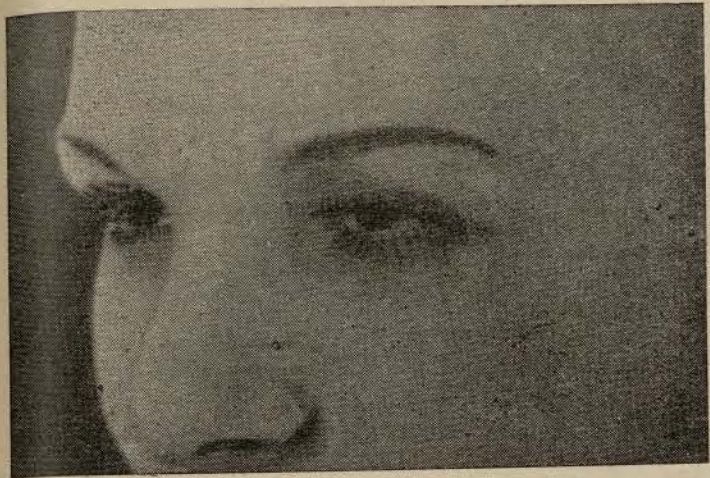


CINEMA BILBAO
PROXIMO LUNES
La grandiosa superproducción nacional **RAZA**
DISTRIBUIDORA BALLESTEROS

Ojos, cejas y pestañas

¿Sabía usted que existen solamente cuatro tipos de pestañas y nada menos que once de cejas? - La demostración de la paternidad se logra hoy por medio del tipo de cejas - ¿Para qué sirven estos delicados apéndices pilosos? Hay tres teorías que tratan de explicarlo

Hace ya algún tiempo que, como nadie ignora, todas las mujeres más o menos elegantes del Mundo tomaron el acuerdo de fabricarse unas cejas de modelo propio y no cabe duda de que algunas demostraron y demuestran en ello su originalidad y fantasía. Ahora bien, hasta hace poco tiempo no se les había ocurrido a los sabios meterse a estudiar estos hirsutos apéndices que nunca antes habían merecido su atención.

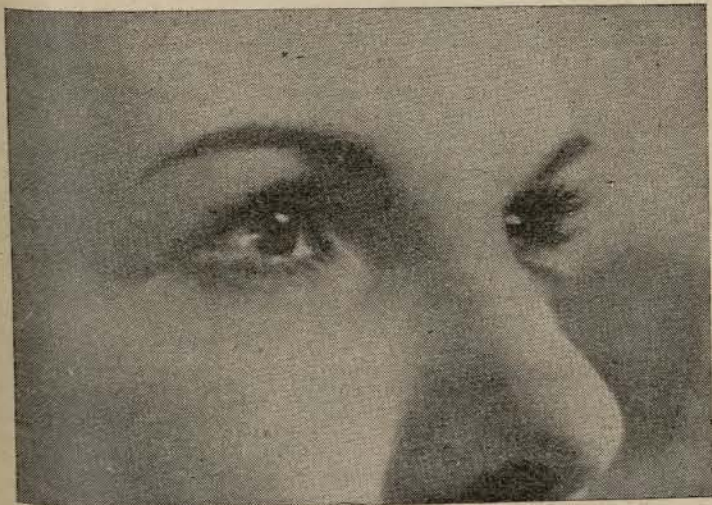


Y que no han sido unos sabios de poco más o menos, sino que fueron los eminentes profesores del Instituto Antropológico de la Universidad Masaryk, en Checoslovaquia, los que se dedicaron a examinar los alrededores de los ojos femeninos, y de lo cual resultaron inmediatamente (¡cómo no!) una porción de curiosos descubrimientos.

Nadie se había tomado, por lo visto, el trabajo de clasificar antes la forma de las cejas ni de estudiar esas formas desde el punto de vista de la herencia familiar o racial. Y no sólo las cejas, sino las pestañas también. Este último adorno facial había quedado totalmente a disposición de los poetas y los pintores, pero ya cada uno de los pelitos más o menos enortijados que rodean los ojos de la amada tiene una significación científica, además de la poética, que no sale de llamarlos "sedosos".

Los profesores Suk y Hoyprym fueron los que estudiando la especie humana, desde los esquimales de la Groenlandia hasta los negros de los trópicos, bajo este novísimo aspecto y contando a los propios checoslovacos, que, naturalmente, son los que llevan la mejor parte, revolucionaron al mundo científico con sus descubrimientos. Cuatrocientos setenta habitantes de Burno, sede de la Universidad Masaryk, pasaron bajo el ojo diligente del señor Rozposyun, y, al fin, todas aquellas cejas y pestañas quedaron debidamente divididas y clasificadas.

Y, como el profesor Suk había sospechado, las diferencias que en ellas existían no eran hijas de la casualidad ni del accidente, sino que formaban un número de clases muy fácilmente distinguibles y, como hemos dicho, de gran importancia, racionalmente hablando.



Los tipos de cejas que se encontraron fueron once: cinco que son los más corrientes y seis que pueden considerarse como raros.

Las pestañas no son tan prolíficas en variedad; sólo hay cuatro grandes casos: las largas-derechas, las cortas-derechas, las largas-curvadas y las cortas-curvadas.

No hubo discusión sobre el papel que juegan las cejas: todos estuvieron de acuerdo en que son como cortinas que cierran herméticamente los ojos durante el sueño. Esto, que en nuestros climas y costumbres quizá no sea muy importante, es de la mayor necesidad en zonas tropicales, donde abundan los insectos semimicroscópicos que, sin este "telón de se-

guridad", podrían fácilmente colarse por entre los párpados con terribles consecuencias para el atacado.

Pero el por qué de las cejas no se explica tan fácilmente. Tanto en el hombre como en el mono, el cráneo mismo provee a la defensa de los órganos visuales, mediante las proyecciones óseas que son los arcos superciliares, y se ha supuesto que las cejas no son sino unas a modo de conjuntivos de pelo que sirven para aminorar el efecto de los golpes que en semejante sitio se pueden recibir. Pero esto nos induce a preguntar: ¿No sería ese pelo más útil en la punta de la nariz? Claro que esto no va con los chatos...

Otra teoría es que las cejas sirven para detener el sudor de la frente, el clásico sudor de la frente con que ganamos el pan que, de otra manera, penetraría en los ojos, cegándonos e impidiéndonos ganarlo; pero los monos no tienen frente casi y no creemos que suden, y, a pesar de ello, están mucho mejor provistos de vello que nosotros.

Además, si fuera éste sólo el objeto, mal lo pasarían las señoras depiladas durante el verano, y, ¡la verdad!, no recordamos haber oído quejas por este motivo.

La tercera teoría es que se trata de verdaderas sombrillas, que protegen a los ojos contra los efectos de un sol demasiado brillante. Tampoco nos parece convincente, pues de ser así, los pueblos meridionales deberían tenerlas más frondosas y tupidas que los nortños, y... ¡hemos visto cada limpiaplumas bajo las frentes escocesas!...

Las cejas suelen ser iguales entre sí, pero no es raro encontrar personas en las cuales "no casan", y buen ejemplo de ello es el hoy duque de Windsor, que tiene una horizontal y la otra inclinada, hasta el punto de que si hacemos un retrato suyo, con dos cejas izquierdas, otro con dos cejas derechas y un tercero con cada una de ellas en su sitio, tendremos tres príncipes distintos y no muy parecidos...

Además, y esto es muy importante, el tipo de cejas se transmite fielmente en las familias, y su estudio ofrece, por tanto, un medio más de resolver el tan traído y llevado problema de la demostración de la paternidad, punto en el que, con relativa frecuencia, han de apoyarse sentencias y decisiones que entrañan fortunas de consideración. De modo que, aunque sólo fuera por esto, los estudios de Suk y Hoyprym tendrían una relevante importancia.

Volviendo a las pestañas, conviene ante todo señalar un error muy popular. No son las mujeres quienes poseen generalmente las pestañas más largas y más sedosas: esta distinción corresponde al sexo feo. Por lo que toca a lo que hemos convenido en que constituye la suprema belleza de estos flequitos, es muy raro encontrarlo en nadie que haya pasado de la infancia: sólo los niños las poseen largas y curvadas.

A medida que se crece, las pestañas, en lugar de seguir la regla general del vello y crecer también, se van acortando, y aunque conservan a veces la curva en el sexo masculino, la pierden pronto en el otro, tanto, que la inmensa mayoría de las damas las tienen cortas y derechas. En cambio, es rarísimo encontrar niños con pestañas de esta forma.

Quizá esta condición natural sea la causa de que existan tantos procedimientos, en práctica entre las bellas para crearse unas pestañas impecables; desde el uso de específicos de utilidad y eficacia más o menos dudosa, hasta la plantación en el párpado de finísimos alambres de oro o plata, que fingen pestañas de un centímetro de longitud y a veces más, y el uso de "pestañas postizas", sujetas a una tira de goma o seda que se introduce debajo de los párpados y que debe resultar excesivamente molesta. A pesar de ello, muchas artistas no vacilan en someterse a tal tormento con tal de parecernos más encantadoras... desde lejos, ¡ay!, nada más.

F. R. VADILLO

CORONA

(NOVELA)

Hasta la moza llegaban con claridad insinuante los golpes acompasados del tambor y el cascabeleo argentino de la pandereíta; pero, acostumbrada a estos renunciamientos, seguía tranquilamente su camino por la vereda tortuosa del monte hasta llegar a la majada en busca de los bueyes, que, con destreza y fuerza hercúlea, habían de salvar todas las dificultades del camino, por el que tenían que bajar al día siguiente la hierba seca de la pradera de Porcilis. Ya llevaba un buen pedazo andado cuando una voz varonil hizo detener su paso y encender sus mejillas. Era una voz bien timbrada y viril que cantaba una tonada de ronda; sólo percibió la última frase y, sin embargo, una emoción singular hacía latir su corazón enamorado.

—¡Rapaz!
—¡Corona!
—¿Bajas de la majada?
—Sí, y tú, ¿vas a Llos?
—Para allá voy..., me mandaron mis padres...

—No sabían que andaba yo por estos caminos, si lo saben, ¡bien seguro que no te dejan venir para que no me vieras!—la voz del mozo suena rencorosa y dura, aprieta los puños y termina—: ¡me faltan a mí muchas riquezas para aspirar a su Corona!
—¡Calla, Ventura!, ya sabes que para aspirar a mi cariño, para conseguirlo, a pesar de todos, sólo has necesitado querirme con toda tu alma.

—¡Con toda mi alma!—asegura él llevándose las manos al pecho, mientras clava una mirada intensa en las pupilas color esperanza de su novia—. Pero hay veces que me desespero y lloro de rabia, de coraje, y haría una locura si fueran capaces de quitarme tu cariño.

—Eso, nunca, ¡nunca!, óyelo bien; ¡te lo juro!, te quiero hoy como ayer, como mañana y como siempre; ¡crees van a poder vender mi corazón como se vende un animal de la casa?—la voz de Corona vibra apasionadamente, estremeciendo de gozo el corazón de Ventura, que la mira absorto y trémulo como si su vida pendiese de la contestación de aquellos labios amados.

—Quisiera ser rico, muy rico, para poder ir a tus padres a pedirte; quisiera ser el mayoral del pueblo...

Una risa argentina corta la voz del mozo, que la mira sorprendido.

—¡Tonto! Si tú fueras el mayoral del pueblo, no te querría... ¿No ves cómo no le quiero aunque mis padres lo desean?... Y, además, ¿qué falta hace dinero en los hogares donde sobra el amor? Mira, rapaz, nosotros tenemos lo principal, el amor; lo demás ya lo ganaremos con nuestro trabajo; ¡si puede que lleguemos a ser los más ricos del pueblo!

—Eso quisiera yo, ser rico, muy rico, para ofrecerte mis riquezas como te he ofrecido mi corazón; por eso, he pensado una cosa..., he pensado irme a América.

Casi no ha terminado de hablar, cuando un grito ahogado le interrumpe y unas manos cogen las suyas fuertemente:

—¡Oh! eso nunca; nunca, me olvidaría y yo me moriría de pena.

—¿Olvidarte?, es imposible, imposible..., pero tengo que irme...; ¡no oyes lo que dicen?: que te quiero por el interés, y eso yo no lo puedo aguantar. Quiero demostrar a todos, a tus padres los primeros, que tengo buenos puños para ganar riquezas; quiero que sepan en el pueblo de lo que soy capaz por tu amor... Sólo una cosa me detenia: que tú pudieras olvidarme... ¿Me juras que me esperarás?

Se vuelven las pupilas verdes brillantes por el rocío de unas lágrimas, miran hacia el pueblo y buscan allá, entre los Picos de Europa, eternamente nevados, un rincón de ensueño y de leyenda, donde cuenta la tradición fué coronado el rey Don Pelayo; adivina la moza entre el verde follaje la pequeña ermita donde se venera la Virgen de Corona, su patrona, y poniendo el alma en sus labios, extiende la mano, que no

tiembla, como no tiemblan las palabras que salen de labios adolescentes, que no saben pronunciar mentiras de amor:

—¡Te juro, por la Virgen de Corona, que te esperaré, firme en mi amor, inmaculada y blanca en cuerpo y alma, como se conserva la nieve en las alturas, como se conservan firmes los Picos de Europa! Se vuelve serena hacia el mozo y le dice: ¿Quieres más firmeza y amor?

El Sol ilumina el paisaje, da brillo esplendoroso a la nieve, cruzan raudas por el monte las palomas y... lejos, muy lejos, se siguen oyendo los golpes acompasados del tambor y el cascabeleo argentino de la pandereíta...

Pasaron los años... Es Corona la moza más gallarda de Valdeón; su hermosura y su hacienda la hacen ser codiciada. Los padres la alaban ante sus hijos mozos y los mozos mejores la cortejan; al requerimiento amoroso contesta con desdenes, sosteniendo con firmeza la promesa hecha al ausente.

—¡Juré que le esperaba y le esperaré—dice siempre.

Sus padres, le dicen:
—Siempre lo mismo, que le juraste...; ¿es que sólo te liga a él un juramento?

—Y también el amor...—tiembla la voz de la muchacha, no sabe su madre si de incertidumbre o de dolor.

—Sólo tuviste de él unas pocas cartas al principio... ¡Rapaza, rapaza! Ese te olvidó...; buena diferencia entre el comportamiento de Ventura y el de Berto; éste te quiere de verdad... Diez años, día tras día, queriéndote sin esperanza, pero firme y constante..., y tú, ciega, sin quererlo ver, que es la peor ceguera que se puede tener...

Un rictus doloroso pliega la boca de Corona y un suspiro tenue, como la brisa de la mañana, sale entrecortado por entre los labios finamente trazados...

Así pasaron los años... Por las veredas del monte, reposadas y graves, van bajando las ovejas hacia el pueblo. Hoy han tenido de pastora a Corona, que baja tras ellas con el zurrón al hombro y un palo de avellano en la mano.

A la entrada del pueblo, un grupo de rapaces la mira entre curiosos y asombrados; tiene como un presentimiento que la hace estremecer, no sabe si de alegría o de dolor.

—¿Qué, rapacines, hay alguna novedad en el pueblo?

Uno de ellos, el más despabilado, contesta:

—Ha venido Ventura, el del tío Juanín Caldas.

Ya no oye más Corona; una alegría inusitada hace latir de prisa su corazón y pone dos placas de rojo en sus mejillas, pálidas de ordinario:

—¡Ha venido, ha venido! ¡Me quiere, no me olvidó! No sólo es Berto el que sabe querer con firmeza. En un momento llega a casa de su novio. ¡Bien se ve que ha venido!; está lleno de maletas el portaluco y de la cocina salen muchas voces que hablan a un tiempo. Al fin, oye la voz querida y deseada; habla no sé qué de barcos y de trenes; Corona no puede más, se apoya en la pared, con sus manos aprieta el corazón, quiere serenarse antes de entrar. ¿Cuánto está así? No sabe si un minuto o un año; de pronto... se oye una voz dulce:

—Te acuerdas, Ventura, allá en Méjico... Y más suave aún, una vocecita de niña que murmura:

—Mamita, tengo sueño. Todavía se oye el toque de las campanas a la oración. A Corona se le antoja que repican a muerto.

—¿Es posible—dice para sí—que en un momento se pueda vivir y sufrir tanto?

Como si despertara de un sueño, abre sus ojos lentamente, mira a su alrededor y, recogiendo del suelo su humilde equipo de pastora, carga sobre sus hombros el zurrón y sale del portal de la casa donde el destino acaba unas ilusiones rosa y carga sobre los débiles hombros de una mujer la cruz de un desengaño; las estrellas parpadean en el Cielo...

De lejos llega, potente y cálida, una voz que, con varonil acento, canta. Es Berto.

Qué serena está la noche
Para divertirme yo.
Si no fuera la tristeza
Que tiene mi corazón.

MATILDE GUERRA SÁIZ

Crema CAFFARENA
Eficacísima contra pecas y manchas suaviza el cutis

TAJO Y LOS NOVELES

Aventura en la isleta

(Cuento)

En aquella taberna del puerto se contaban cosas maravillosas. Era la taberna como tienen que ser todos los garitos de malecón: humo y olor de sardinas fritas, no mucha limpieza, vino cristiano—por lo del bautizo—y los característicos "lobos de mar" emborrachándose y jugando a las cartas. Para que no se diferenciara en nada de las que todos conocemos en todos los libros y cuentos, pertenecía el garito a un viejo pescador retirado que, además, era contrabandista.

Como decía, en esta taberna se contaban cosas maravillosas. Los pescadores dejaban volar su imaginación y al lado de la mesa donde se jugaba a las cartas había el corrillo donde cada uno contaba su aventura: pescas milagrosas, temporales sorteados, encuentros con los contrabandistas, y había quien aseguraba haberse topado, pasada la barra, con un barco pirata de los moros; esto era en un puercecito de la costa cantábrica. Cuando uno hablaba los otros escuchaban mudos, aun a sabiendas de que eran cosas fantásticas, y no permitían interrupción.

Cada uno preparaba su historia entre vaso y aventura para cuando llegase la ocasión de meter baza. El único que no contaba nunca nada era Pedro; ojalá todo embobado y admirado, y para sus veinticuatro años marineros era cada viejo pescador un Ulises o un Eneas si hubiera sabido literatura, lo cual no le hacía mal, la falta. Pero pasaba vergüenza, porque le decían: "Y a ti, Pedro, ¿nunca te pasó nada en la mar?" Y él se disculpaba diciendo: "Que cuente Miguel antes, que se está muriendo de gana..." Pero no, él tenía que contar algo también; no iba a ser menos que los otros pescadores. Bebía vaso tras vaso para ver si se le ocurría de repente alguna aventura que dejase embobados a sus compañeros; pero tenía que ser algo extraordinario lo que le pasara a él; tenía—porque él lo juzgaba necesario—que quedar de un golpe a la misma altura que estaban los que más maravillas contaban.

Y una tarde, Pedro, se decidió a hablar.

Estaba acalorado de vino y de aventura. La isleta solitaria que había, invisible en la bruma, enfrente del puerto, con la leyenda de su sirena y de sus contrabandistas, se apoderó de la imaginación de Pedro. Y habló:

"Una tarde dejé el puerto, barruntando un bando de arenques, y despreciando el temporal que amenazaba, seguí remando, seguí, hasta la isleta. Al alcance de la mano la tenía ya y el puerto quedaba atrás, escondido detrás de las olas. Estaba la mar picada y las nubes negras, amontonadas, tronaban una galerna; no tuve más remedio que desembarcar, solo como iba, en la isleta..."

Y contó una aventura tan hermosa, tan hecha de maravilla, que to-

dos, cuando acabó, quedaron mudos y él salió de la taberna, emocionado, al malecón a mirar en la noche a la mar que guardaba la sirena y la isleta. "¿Por qué no será verdad lo que conté?" Y mientras iba a su casa: "¿Y por qué no pudo ser verdad? ¿En la isleta hay, efectivamente, una sirena y una cueva!..."

Aunque era invierno y mar alta, una tarde salió Pedro en su barca proa a la isleta: todo, como había imaginado en su aventura, que le había gustado tanto y le había obsesionado de tal manera que esta tarde salió al mar, él solo también, sin que hubiera más barcas en faena. Remó, remó, pasó la barra, y al anochecer estaba en la boca de la cueva donde él había puesto el palacio de cristal de la sirena. Se sentó para repasar el sueño que le traía obseso; en la cueva creyó oír un rumor que no era el ambiental de las olas rompiéndose en la roca viva; ¡no fue una luz lo que brilló en el fondo un momento? Casi sintió miedo. Como en su cuento, iba a entrar a la boca de la cue-

va; allí estaba la sirena, el palacio de cristal, la aventura toda...

Fue entonces cuando sintió moverse algo detrás de la roca en que estaba sentado; se volvió y casi no tuvo tiempo a ver más que el bulto de un hombre con sombrero de aguas que le daba un golpe en la cabeza. Cayó desvanecido. Cuando recordó estaba en el malecón; su barca estaba amarrada abajo y a él le dolía terriblemente la cabeza, con un mal-estar por todo el cuerpo como si le hubiesen golpeado. Marchó tambaleándose en lo oscuro de la noche y cuando se vio en su casa y en su cama, le tomó una fiebre y un delirio que, según le decían, había estado a dos pasos de la muerte. Contó con vergüenza la aventura y su padre le dijo la otra leyenda de la isleta, admirándose de que no le hubiesen echado al mar y le trajeran hasta el puerto sin sentido. Él, como mozo inexperto, había visto sólo la parte poética, que no era precisamente la que le había dejado tan mal parado.

Pero ahora Pedro ya tenía su historia que contar, adornándola un poco en sus circunstancias, en la taberna del puerto, donde se contaban cosas maravillosas.

ALFREDO F. GARCIA (Zetta)

Historia de la bandera de España

Tres comentarios a un artículo

I

En el número 86, página tercera, del semanario TAJO, vi con mucho placer un artículo: "Historia de la bandera de España". Dice en él don Miguel Ribas de la Pina que los colores rojo y gualda proceden del escudo de Aragón, pero no nos cuenta cómo y cuándo en la bandera española aparecen las barras, ni el por qué son dos rojas y una gualda, por qué están colocadas las dos rojas en los extremos y la dorada en el centro y no viceversa, por qué están colocadas horizontalmente cuando en el escudo de Aragón están las barras verticales, etc. ¿Por qué don Miguel, que tan documentado se nos muestra en lo que atañe a las barras del escudo aragonés, no nos explica documentalmente el origen de la bandera de España, que es el fin que parece indicar el título del artículo en cuestión, o cuando menos en qué reinado fue declarada oficial nuestra actual bandera?

Y digo esto porque en las últimas líneas de su, por otra parte, documentado escrito, nos dice: "... de la misma manera que Castilla pudo tomarlo al celebrarse el matrimonio de la rei-

na Isabel con el rey de Aragón don Fernando", de lo cual parece deducirse que no datan de aquel tiempo los colores que hoy día hermosean la bandera más bella que ondea en los aires.

Según mis noticias, he aquí sucintamente explicado el origen de nuestra gloriosa bandera:

El alma de la empresa del descubrimiento de América fue nuestra nunca bien ponderada reina Isabel la Católica; recordémosla empeñando sus joyas para que pudieran ser fletadas las carabelas "Santa María", la "Niña" y la "Pinta".

El rey Don Fernando se preocupaba más de las conquistas y batallas que en pro de España se empeñaban en los reinos de Italia contra el rey de Francia y que nos daban honra y dinero.

Por esto se cuenta que, cuando vio el resultado económico que nos daba el descubrimiento de América, exclamó: "Un mar de sangre nos ha dado un río de oro".

De estas palabras del rey hacen nacer muchos historiadores los colores rojo y gualda de nuestra amada bandera.

II

Dice don Miguel en su artículo que los colores de la Iglesia eran el rojo y el amarillo.

He leído muchas veces los orígenes de la bandera Pontificia y nunca había visto que fueran dichos colores los de la Iglesia. En cambio, sí he leído que los actuales colores blanco y amarillo tienen su origen en las palabras que San Pedro, cuando acompañó de San Juan Evangelista se dirigían al Templo, dijo al paralítico que pedía limosna en la Puerta Formosa: *Aurum et argentum non habeo, sed quod habeo, hoc do tibi...* ("Oro y plata no tengo, pero lo que tengo, esto te doy...")

III

En todas las Historias se enseña que el Condado de Barcelona y el Reino de Aragón se unieron al casarse Ramón Berenguer IV y doña Petronila, por lo cual mal se pudo adherir Cataluña después, en tiempo del hijo de ambos don Alfonso II, o en tiempos posteriores.

Además, el mismo don Miguel dice: "Fallecido Ramón Berenguer el 6 de agosto de 1152, su hijo Alfonso II fue proclamado rey de Aragón

y conde de Cataluña". ¿Cómo, pues, podía Alfonso II, en un asunto tan trascendente como el presentarse al Sumo Pontífice en nombre de sus Estados, desligar al Condado de Barcelona del Reino de Aragón y Valencia, como hubiese sucedido de ser cierto lo que dice un poco más abajo?

Es curioso tener en cuenta que el viaje a Roma lo hizo Alfonso II únicamente como rey de Aragón, sin que tuviese nada que ver en este asunto el Condado de Barcelona, o sea, que el escudo de las cuatro barras corresponde únicamente a Aragón (y a Valencia que le estaba subordinada), pero no a Cataluña, cuya región lo tomó al ser absorbida por Aragón. Ya hemos visto que no pudo ser absorbido el Condado de Barcelona "después", por estar unido ya antes en tiempo de Ramón Berenguer IV.

En tiempo de la Reconquista Española, los árabes, no contentos con dominar en España, emprendían numerosas incursiones al territorio galo.

Reinaba en aquellos tiempos en el vecino reino Carlos el Calvo, que lo había distribuido en "Marcas". Una de ellas, adelantado francés en nuestro suelo, era la llamada "Marca Hispánica", gobernada en aquella sazón por Wifredo el Velloso.

Peleaba Wifredo en las filas reales capitaneando sus vasallos cuando observó que los moros atacaban al monarca. Al frente de sus guerreros lanzóse decidido a la pelea a defender a su rey, logrando rechazar a los enemigos del nombre cristiano, no sin recibir una herida en el costado.

Fué el rey a visitar y al invitarle a pedir lo que quisiera, Wifredo, señalando al rey su dorado escudo en el que no campeaba enseña alguna,

T A J O

invita a los noveles a colaborar en sus columnas.

Nuestro semanario, con el fin de estimular la afición y el culto a las letras, admitirá la colaboración enviada por sus lectores, y publicará todos aquellos artículos de valor literario, histórico, político o científico que lleguen a su Redacción, previa una rigurosa selección.

La correspondencia deberá ser remitida a nuestra Redacción, Alcalá, 128, principal, Madrid, indicando en el sobre "colaboración de noveles".

No se devolverán originales ni se sostendrá correspondencia sobre los mismos.

Los artículos publicados serán abonados por nuestra Administración, al tipo habitual de pago a nuestros demás colaboradores.

exclamó: "Dadme, señor, una leyenda para mi pueblo".

"Sea, le contestó el monarca. Desde hoy tu pueblo tendrá divisa: ésta." Y mojado sus reales manos en la herida de su capitán, pasó sus dedos por el hasta entonces liso escudo de oro de Wifredo.

El rey concedió a Wifredo el poder ostentar las barras sobre campo dorado, no para su uso personal, sino para que con aquella enseña fuera a la cabeza de sus vasallos como a enseña de la "Marca Hispánica".

De las "Marcas", regiones y Estados lo tomaron después los Cruzados.

Don Miguel hace una objeción a este origen y dice que hay otros muchos. ¿Podría darnoslos en otro artículo?

SEGRE

Bombas sobre el paraíso

La riqueza que supone la isla de Java ha sido desde todos los tiempos cosa proverbial. Canta la elocuencia de las cifras: 50.000 kilómetros cuadrados de superficie para 40 millones de habitantes. Da una media de 650 habitantes por kilómetro cuadrado; la campaña es una sucesión de construcciones y viviendas que no señalan límite entre un poblado y otro.

La vida exuberante y fácil mantiene el cartel de la supremacía en dos significativos aspectos: las más bellas y esculturales mujeres y la tierra más fértil y fecunda del Mundo. "In the world", como dicen los americanos cuando se refieren al hombre que atesora más millones de dólares o al que fabrica más acero o más botones de nácar. Le corresponde, por tanto, con

los títulos más decisivos, la denominación de paraíso sobre la tierra. Y a él ha llegado la guerra.

Los hombres que han tomado posesión de su suelo provienen también de un país insular. De ese Japón que si siempre ha sido como eco de una voz legendaria, hoy parece más legendario que nunca. Pero sólo se mantiene la similitud en la configuración geográfica, pues a la fácil vida del paraíso javanés se opone el recuerdo de su país de origen, donde la vida es dura y batalladora. El suelo japonés es exageradamente montañoso, difícil y arisco; la línea de alturas lo atraviesa desde las tierras más meridionales hasta ese montón de islas desparramadas al Norte, como un collar, que forman el archipié-

LIBRO SENSACIONAL

FAMOSO EN EL MUNDO ENTERO
TRADUCIDO A DOCE IDIOMAS

LA GUERRA Y EL SOLDADO

por ASHIEI HINO

Personajes y hechos legendarios japoneses matizan de interesante exotismo este "diario" de un soldado japonés, hombre ciudadano y culto, que nos cuenta cómo pelea en China el soldado nipón y cómo es de humano su sentimiento. "La novedad e interés del libro están en sus humanas reacciones." "Es un documento humano universal." He ahí dos opiniones de dos grandes críticos ingleses.

ELEGANTE VOLUMEN DE 600 PAGINAS, 25 PESETAS

Editorial Juventud, S. A. Barcelona

Escalofríos o dolor de cabeza...

Así se inician la gripe o enfriamientos que pueden cortarse con



ASPIRINA



Consulte con su médico

Aprobado por la Censura Sanitaria N.º 1385

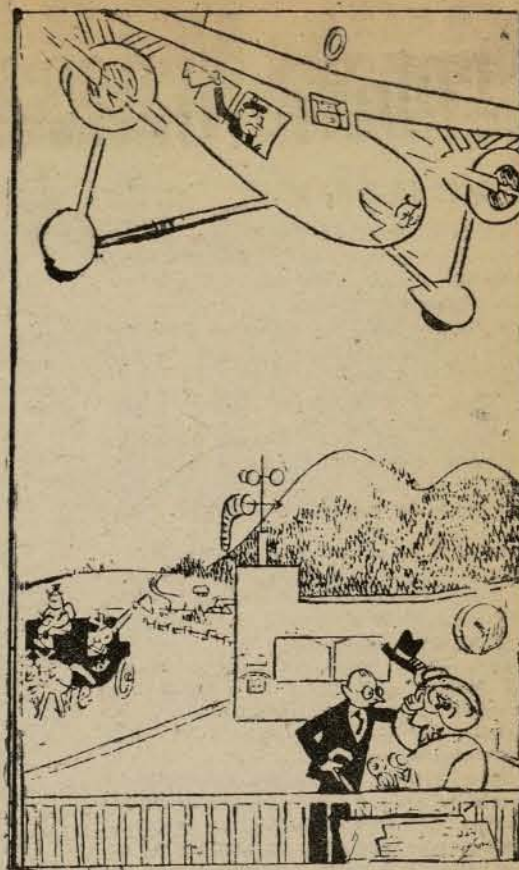
HUMOR



—¿Cómo puede usted leer siendo ciego?
—No estoy leyendo, caballero. Miro las fotografías nada más.



La unión hace fuerza.



—Estoy esperando a mi hija, que viene en el coche familiar, y a la abuelita.

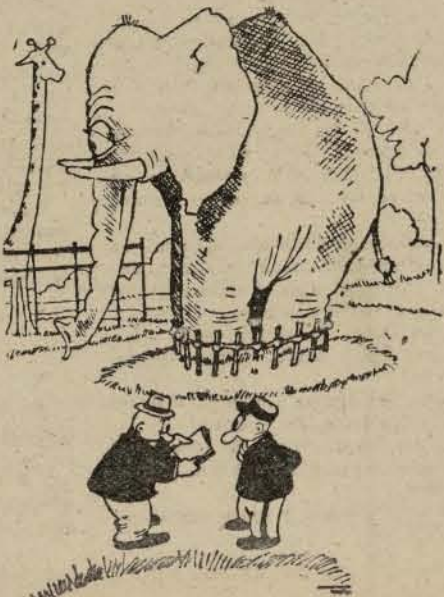


—No queremos nada. Sólo estamos esperando a que se dé usted un martillazo en el dedo, señor profesor.



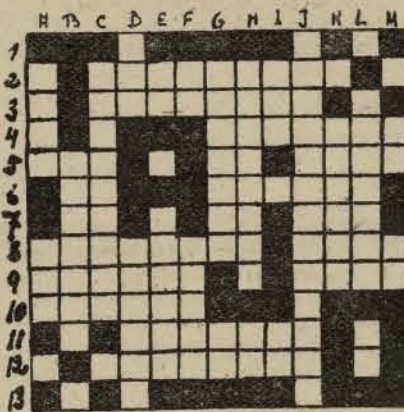
SOMBRAS

—Mi sombra se ha quedado parálitica y la tengo que llevar así.



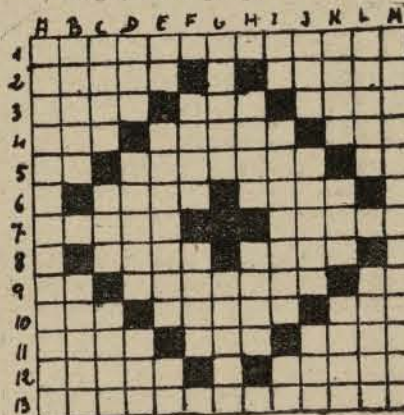
—¿No lo ve? Este libro dice: "Elefante: Animal de excesiva corpulencia, con trompa..." ¡Ya le advertí que crecería!

TIEMPO PERDIDO



HORIZONTALES: 1. Número romano; consonante.—2. Vocal; Viviendas lacustres.—3. Número romano; Albergasen; Número romano.—4. Vocal; Consonante; Oficio en la ternilla de la nariz.—5. Mujer de Saturno; Yodo; Símbolo químico; Sirve de guía.—6. Preposición inseparable; Especie de pez.—7. Preposición; Consonante; Nombre de consonante (al revés); Canal junto a los ríos.—8. Irritase al becerro; Pueblo de la provincia de Alicante.—9. Provincia chilena; Consonante; Gracioso.—10. Especie de máquinas; Vocal.—11. Consonante; Tísicos; Número romano.—12. Señalase (al revés); Consonante.—13. Azufre; Consonante; Vocal.

VERTICALES: A. Apreciar; Establecimiento de bebidas.—B. Anades de los mares glaciares.—C. Regiones yermas; Consonante.—D. Entregas; Pollinos.—E. Símbolo químico; Vuelves a caer.—F. Contracción; Ciudad italiana.—G. Faroles; Imperativo.—H. Introducciones; Cloro.—I. Río español; Consonante; Escuché.—J. Te entonamos.—K. Vocal; Conjunto de bestias.—L. Centro vital; Verbo. M. Niega; Letra griega.

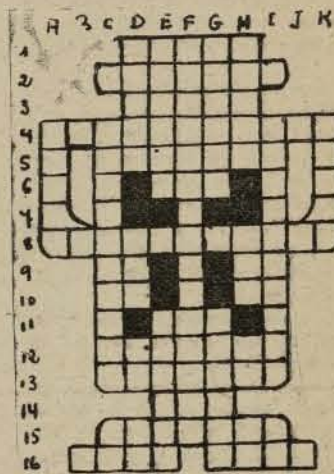


HORIZONTALES: 1. Cuadrilátero.—2. Dimetio; Número romano; Villa de la provincia de Guipúzcoa.—3. Tribunal eclesiástico; Dueño; Confien.—4. Pecado; Especie de canal; Adverbio de modo.—5. Consonante; Disminuye el precio; Conjunción latina.—6. Vocal; Parte del ave; Sin jugo; Vocal.—7. En el teatro; Recipiente para prensar la aceituna.—8. Vocal; Poner al fuego; Discurso fastidioso; Consonante.—9. Pronombre; Escritor italiano; Nota.—10. Se

dirigía; Ciudad de la provincia de Sevilla; Comparativo.—11. Para atraer a los animales; Consonante; Viento del N. O. (al revés).—12. Filólogo suizo; Vocal; Ternario.—13. Reptil (plural).

VERTICALES: A. Seguidores de la filosofía aristotélica.—B. Ataque; Vocal; Antigua pobladora de España.—C. Roedor; Dios musulmán; Hijo de Adán.—D. Nombre de mujer; Especie de pez; Vasija.—E. Artículo; Acreditare; Preposición inseparable.—F. Vocal; Desastrado; Supliqué; Vocal.—G. Pulir; Parte de la nave.—H. Vocal; En el mar; Alise; Consonante.—I. Consonante; Pieza del antiguo teatro itálico; Pronombre.—J. Comarca marroquí; Obedezco; Ruegue.—K. Rey de Judá; Oficial turco; Porción de tiempo.—L. Maestro; Vocal; Río francés.—M. Mamíferos australianos.

Nota: La "11" ocupa una sola casilla.



HORIZONTALES: 1. En el zapato.—2. Ciudad alemana.—3. Título nobiliario.—4. Arrellanado.—5. Locos.—6. Dueña.—8. Nombre de mujer.—9. Pronombre; Contracción.—10. Consonante; Nota.—11. Benigna.—12. Enrejado.—13. Temas.—14. Río español.—15. Perseguida.—16. Atienden; Sepulcro.

VERTICALES: A. Vence.—C. Galería de pinturas; Suspiro.—D. Peinan; Coge; Verbal; Consonante.—E. Nombre de mujer; Dios de los infiernos.—F. Acción de corromperse (plural).—G. Ninfa acuática; Relativo a los astros.—H. Halcón recién salido del nido; Especie de óxido; Hija de Inaco; Nota.—I. Comparadas; Carta.—K. Constelación.

Solución al número anterior

HORIZONTALES: a. Desahucia. b. E; Aleta; N.—c. Sa; Uzi; As.—d. Anac; Loro.—e. Yoni; Maet.—f. Usan; Enea.—g. No; Aon; Ln.—h. A; Editó; O.—i. Rapaderos.

VERTICALES: 1. Desayunar.—2. E; Año; A.—3. Sa; Ana; Ep.—4. Alucinada.—5. Hez; Oid.—6. Utilmente.—7. Ca; Oan; Or.—8. I; Arecl; O.—9. Ansotanos.

Manuela Malasaña, heroína del Dos de Mayo

I

La típica y madrileña fonda de Genieys se encuentra en esta hora de las doce de la primera mañana de mayo rebosante de policromo, dispar y nervioso público.

En el amplio salón decorado con porcelanas del Buen Retiro, azulejos talaveranos y artística cerrajería sevillana, compacto grupo de clientes charla y gesticula alrededor de cuadradas mesas.

Henchidos de orgullo y vino, seis ó siete gallos, oficiales coraceros, hieren la hipertensa sensibilidad patria de los más con desentona-dos ademanes, exótica lengua y beodas carca-jadas.

Frente a ellos, en altiva y desgarrada, que no provocadora, actitud, tres capitanes espa-ñoles, Cónsul, Córdoba y Daoiz, apuran len-tamente una bebida y la hiel de la presencia del ejército invasor.

Y entre ambas mesas, un hombre, anciano por las canas de su cabeza y las arrugas de su rostro, joven por la viril prestancia y el re-belde resplandor de sus pupilas, conversa, que-do y emocionado, con su hija.

Es bella, grácil, encantadora e ingenua la gentil mocita. Diez y siete primaveras cumple hoy la rosada muñeca. Triunfan, en su estam-pa ideal, el pelo azabache, de grandes ondas; los ojos, negros, verdadero poema de la no-che; la boca, intensa, carnosa y audaz; el men-tón, rotundo y partido; el talle, de danzarina.

La muñeca es madrileña y toda ella suave flor de la corte.

En las restantes mesas, público de las más distintas ocupaciones o haraganerías.

Ahora, el anciano, don Juan Malasaña, dice a su hija, Manuela, mientras su mirada pre-tende fulminar a los ruidosos coraceros:

—¡Malditos franceses! Como la mala hier-ba, crecen por todas partes. ¡No reventarán!

La gloria asoma a los labios de la nena:

—Sí, padre. Y muy pronto.

Florece el semblante del anciano:

—¿Viste a Antonio?

—Un instante; en la iglesia.

—¿Qué te dijo? ¿Lo buscan?

—Cada vez con más ahínco. Pero no le preocupa. Porque trabaja con resultado. Le sigue el pueblo.

El anciano descubre turbias miradas de los coraceros.

—¡Calla, muñeca! Los malditos te obser-van. Disimula.

La mocita clava su mirada en el cañamazo del mantel. Pero la pudorosa actitud de la ma-drileña no es bastante para contener el avance sinuoso que hacia ella, con una copa en la ma-no, inicia un oficial galo, húmedos los ojos de alcohol.

El hombre, ya frente a la niña, dobla pesa-damente el poderoso armazón de su cuerpo en ofrenda que pretende ser galante y resulta grotesca:

—Bebe, "hegmosa". A la salud de Francia.

Don Juan se levanta, herido en sus dos gran-des amores. Y grita:

—Mi hija sólo bebe por la gloria y la liber-tad de España.

El férreo acento del anciano vibra en la sala. Todos los circunstantes vuelven sus ojos a la impresionante escena. En los oficiales Córdoba y Cónsul hay un intento de intervención cor-tado en albor por los brazos férreos de Daoiz.

Mientras, el oficial francés, confuso y beodo se obstina en hacer beber a la mocita. Para presionarla, y ante su fracaso y las risotadas de sus compañeros, la coge del brazo:

—¡Bebe, por el emperador!

Fulguran los ojos de Manuela un momento. Después, la chiquilla, con sonrisa que es un afilado cuchillo, acepta la copa.

El coracero, gozoso de su triunfo, se retira un poco para contemplar con deleite la escena. La muchacha gira hacia su mesa, toma de ella otra copa y se la cede al oficial. Que la acepta con desvaída sonrisa.

Manuela brinda con el francés:

—¡Por España y Fernando VII!

Sólo el impresionante silencio descubre al oficial la femenina audacia. Entonces estrella el cristal contra el suelo y avanza sobre la im-pávida muñeca. La mano ofensora se alza, pero no llega a descargarse. Los tres capitanes españoles y el padre de la muchacha forman muralla a ésta.

Al mismo tiempo los oficiales galos avan-zan en apoyo de su compañero, que, torpón, aún pretende atacar a la frágil criatura.

Es el capitán Daoiz quien marca lo decisivo. Su abierta mano hiere el rostro del oficial fran-cés. La bofetada tiene, en el salón, resonancias de templo catedralicio.

Lo demás es rápido. Lucha entre los oficia-les de España y del invasor. Lucha breve que termina en concertado desafío para el amanecer de la siguiente jornada.

II

Noche presagiadora, inquieta y emotiva. Ma-nuela, en un rincón de la sala, a la luz de un repujado velón, que amortigua su resplandor con cauta pantalla, borda, abstraída, futuras

e íntimas prendas de novia. Junto a la ventana, don Juan otea la calle, desolada y silente. Sólo, de vez en cuando, algún tiro en la leja-nia denuncia tragedias.

El espía percibe los amarillentos rectángulos de los faroles, la cadencia de los pasos del centinela francés del Parque de Artillería y el rápido cruzar de hambrientas ratas. Al fin, des-cubre una figura que, pegada a las sombras, con intervalos rápidos y precauciones infinitas, avanza por la calle.

El espía, gozoso, reconoce al individuo. Por eso susurra:

—Hija, viene.

La muñeca, febril, interroga:

—¿Lo has visto?

—Ya sube.

Manuela corre a abrir la puerta, pero antes, ruborosa, esconde la labor. Ocasión que apro-vecha don Juan para salir en busca del visi-tante.

Rauda, con la emoción y la fatiga refleja-dos en el rostro, penetra éste, los brazos exten-didos, en pura y cálida salutación, hacia la chiquilla:

—¡Manola!

—¡Antonio! ¿Cuánto he temido por ti! ¿Por qué has venido? Dicen que hay rondas fran-cesas volantes por las calles.

Ríe, poderoso, el muchacho:

—Sí; las hay. Pero los "gabachos" son mio-pes como topes.

Tercia don Juan, impaciente:

—¿Tienes noticias, Antonio?

—Las tengo, don Juan, y grandes. Los fran-ceses han reforzado todas las guarniciones, in-cluso las de Aranjuez y Toledo. Se calcula en unos sesenta mil los "gabachos" que tenemos enfrente.

—¿Qué fuerzas se les pueden oponer?

—Todo el pueblo.

Ahora es la gentilísima quien pregunta, emo-cionada:

—¿Habrá lucha?

La contestación del novio es rotunda:

—Sí la hay, niña, cumpliremos nuestro deber.

Voz enamorada recomienda:

—Ten cuidado, Antonio.

—Lo tendré. Porque mi vida está ofrecida a ti. Y no la voy a dejar en las manos de nin-gún francés. Tranquilízate, chiquilla.

Don Juan busca ahora un libro, que no en-cuentra, en su librería. La paciente búsqueda del buen anciano permite a dos corazones latir al unísono.

III

Media mañana del 2 de mayo en la plaza de Armas del real palacio de Oriente. En ésta, el pueblo, en defensa de su rey. Entre el pue-blo, don Juan Malasaña, su hija y Antonio.

Manuela, los ojos fijos en lujosa carroza que espera, pregunta, encendida en ardores pa-trios, al amado:

—Antonio, ¿se lo llevarán?

—No lo permitiremos.

La voz es toda una firme promesa.

En el interior del palacio, mientras, prisas y congojas de despedida. Afrancesados pala-ciegos elogian la decisión de Bonaparte. Y se perfila la marcha del augusto niño.

IV

De pronto, uno de los amplios ventanales de la plaza de la Armería se abre para dar paso a un hombre. Lo extraordinario engen-dra sepulcral silencio.

La voz hispana, plena de emocionales tré-molos, del palatino previene al pueblo:

—¡Españoles! A las armas! Los franceses pretenden llevarse a nuestro infante don Fran-cisco. Nuestro muy amado señor, deshecho en lágrimas, se resiste a abandonar la Patria. ¡No permitáis la infamia! ¡Pueblo, a las armas contra el invasor! ¡Viva Fernando VII!

Calla la voz y se abren las esclusas emocio-nales de la patriótica masa. Como cañonazos tuenan los clamores:

—¡Mueran los franceses!

—¡Viva Fernando VII!

—¡A las armas!

—¡A las armas!

Son los primeros instantes de la gran epo-peya. Minutos después comienza la traición. Granaderos de la guardia y escuadrones de cazadores polacos, con piezas de artillería, ametrallan záfamente a los hombres de Es-paña.

La insuperable felonía da el alerta a Madrid, que se ofrece, patriótico y viril, al inmenso sacrificio de luchar contra el mejor ejército del Mundo.

V

En la calle, frente al peligro, Manuela mar-cha confiada del brazo del amado, y junto al padre.

Antonio, encendido en fiebre, ordena, deseoso de lucha:

—Don Juan; llévase a Manola a casa. Va a ser éste un día trágico.

Se resiste la chiquilla, heroica:

—Voy contigo donde vayas. Tu Patria es también la mía.

El padre apoya la protesta de la hija; pero Antonio se obstina:

—No, don Juan. Su puesto está al lado de Manuela. Sólo si usted me la guarda, lucharé tranquilo. Hasta luego. Al atardecer procura-ré ir a verlos.

Sin esperar más, el chispero se pier-de hacia la calle de Segovia.

VI

Clara del Rey, raíz de la raza, en angustiada espera ve llegar a don Juan y su hija. El anciano marcha estirado y solem-ne; la niña, emo-cionada y orgu-llosa.

—Manola, don Juan!

—Clara, ¿tu marido, tus hijos?

Hay orgullo viril en la femenina respuesta.

—Mis hijos, en el Parque. Como unos bra-vos. A mi marido lo espero, para reunirnos con ellos.

La chiquilla, en éxtasis, inquires:

—¿Iréis también vos?

—¿Y cómo no, si es la Patria?

Atraído tal vez por el conjuro de la esposa, surge en la esquina el marido de Clara Rey:

—¡Pablo!

—¡Clara! ¿Los hijos?

—Bien. En su puesto. ¿Y tú?

—Emocionado. Clara, Madrid se porta. En la Puerta de Toledo los chisperos y majas han matado al general Legrand y entablado heroí-ca lucha contra los coraceros imperiales. Bien lucen los cuchillos de las manolas en los vien-tres de los franceses. En las Vistillas, los hom-bres se han metido en las bocas de los caño-nes; en la Puerta del Sol los madrileños des-hacen a los mamelucos, y en toda la villa se lucha.

Hay un silencio, que rompe el recién llegado:

—Pero vamos, mujer. Nuestro lugar está junto a nuestros hijos.

—Y el nuestro, junto a España, padre. Va-mos al Parque también.

El anciano contempla radiante los encendidos ojos de su niña-mujer. Y la respuesta es pa-triótica decisión.

VII

La epopeya del Parque ha dado comienzo. Madrid empieza a cansar a la Historia con su incomparable gesta. Hijos de la Raza hacen renacer viejas glorias españolas.

La defensa del Parque es pródiga en sangre de patriotas. Los tres hijos y el marido de Cla-ra Rey han rendido el máximo tributo a Es-paña, y ahora, un casco de granada rompe la vida, en óptimo acierto, de la gran mujer.

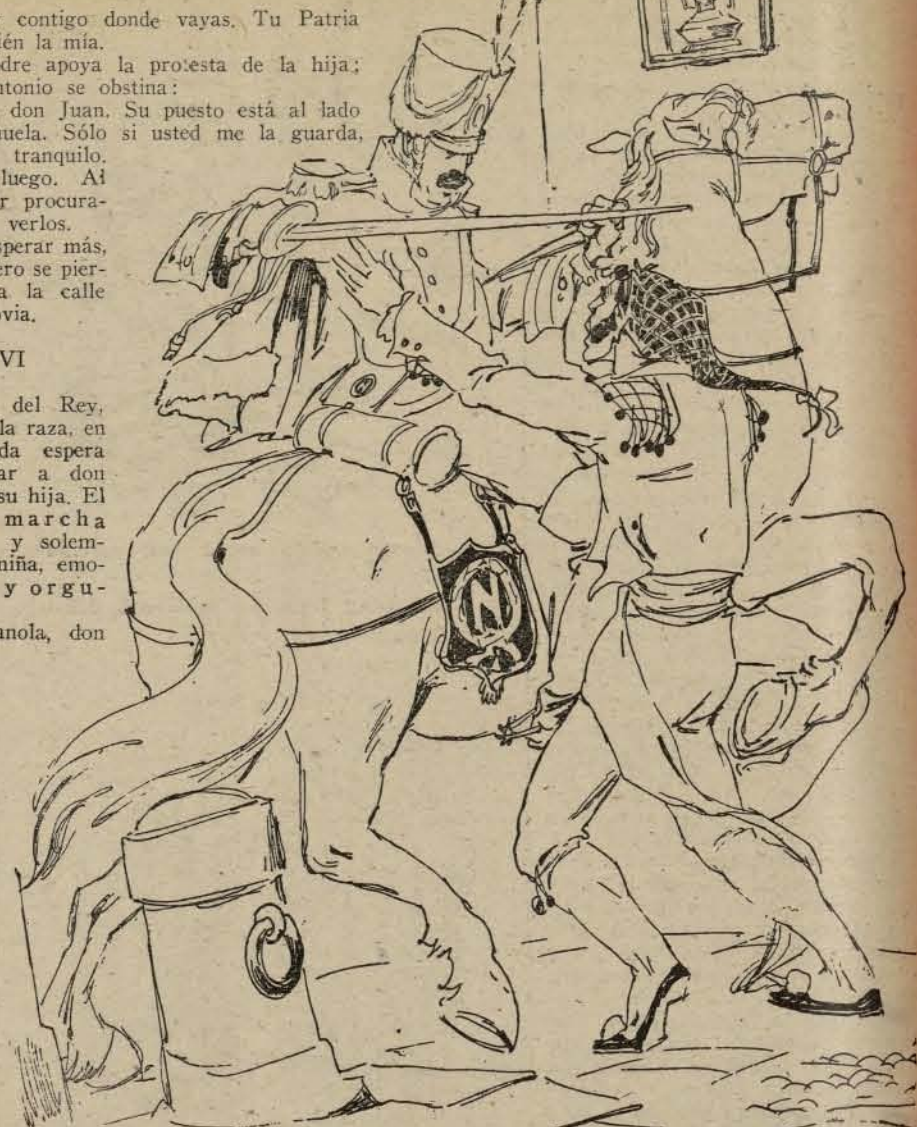
Mientras, en uno de los ángulos del Parque, en peligrosa avanzadilla, de cara al enemigo, don Juan y su hija, con otro puñado de va-lientes, hacen cristalizar los supremos valores raciales.

Manuela, el cabello destrenzado, al aire, los ojos febriles, el cuerpo en tensión, dispara, ani-ma, munición, retira heridos. Siempre con la encantadora sonrisa en los labios.

Es feliz la muchacha. Su sangre moza vibra con la acción y el gesto patrio. Lucha por Es-paña. Ello es todo.

A su lado don Juan quema cartuchos con ar-dor juvenil y experiencia de veterano. Y pa-dre e hija, el uno añoso roble, la otra rosad, hacen, con su presencia, titanes a los compa-ñeros de combate.

Hasta que una bala busca y encuentra el pe-cho de Manuela.



Como bambú quebrado por viento adverso, se abate la chiquilla. Lentamente, el cuerpo grácil resbala al suelo. Pero antes de caer, los brazos estoicos, crispados en insondable tra-gedia, del padre, forjan tibio cobijo a la mo-cita.

Es tan impresionante la escena, que los de-fensores interrumpen el fuego. Y hasta el ene-migo, con su momentáneo silencio, parece res-petar el dolor.

Don Juan quiere, con sus besos, inyectar vida en el juvenil y amado ser, que pretende esca-par al infinito. Pero su ansia es imposible. La caricia paterna sólo logra florecer una suave, melancólica, sublime sonrisa en el rostro, aho-ra más infantil y bello todavía, de Manuela.

Después, los ojos espléndidos de la mucha-cha se clavan, cariñosos y húmedos, en el acar-tonado rostro del padre. Por último, los labios femeninos murmuran en postrera oración:

—¡España! ¿Verdad que la salvaremos?

Sólo el gesto, agarrotada la voz, puede asen-tir.

Otra vez la sonrisa melancólica de la mu-chacha:

—Dile a Antonio que lo quise mucho; mucho.

Ahora, hasta los veteranos de cien batallas ocultan lágrimas.

—Padre, adiós. Un beso; otro, para él.

Manuela Malasaña, rosad cortado en albor, es ya sólo canción de romance.

El padre cierra los ojos de la hija. Resguar-da, después, el amado cuerpo y vuelve, las pu-pilas frías, secas y altivas, a empuñar el fusil.

VIII

Con la noche, la defensa del Parque se aca-ba. Los pocos valientes que quedan buscan, re-fugiados en las sombras, la huida que les per-mita volver a luchar contra el invasor.

Sólo un hombre, don Juan, sale de las ruí-nas erguido, concreto y rotundo. Los añosos brazos, viriles y potentes, llevan, mecen me-jor, con infinita y amorosa cadencia, el cuerpo ya frío de la primorosa doncella, caída a ma-yor gloria de la Raza.

Calle de San José arriba marcha el anciano, con su hija acunada. Hasta la luz de los faro-les tiembla de emoción. Y en algún momento la brisa denuncia la cantata del desgraciado:

—Duérmete, lucero.

Lucerito de mi alma...

IX

Al día siguiente, don Juan y Antonio, en la montaña del Príncipe Pio, entre torvas líneas de empavonados fusiles, marcharon a reunirse con Manuela. Don Francisco de Goya interpretó el momento.

F. HERNANDEZ CASTANEDO

T A J O

SEMANARIO ILUSTRADO

Ayuntamiento de Madrid

M A D R I D